

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

EL LINDO DON DIEGO

ÍNDICE:

Jornada primera
Jornada segunda
Jornada tercera

PERSONAS

DON TELLO, viejo.
DON JUAN.
DOÑA INÉS.
DOÑA LEONOR.
MOSQUITO, criado, gracioso.
BEATRIZ, criada.
DON DIEGO.
DON MENDO.
LOPE, criado.
MARTÍN, criado.

JORNADA PRIMERA

ESCENA I

Sale DON TELLO, viejo, y DON JUAN, galán.

D. TELLO.

Quiera Dios, señor don Juan,
que volváis muy felizmente.

D. JUAN.

Breves los días de ausente,
señor don Tello, serán;

pues llegar de aquí a Granada
ha de ser mi detención.

D. TELLO.

La precisa ocupación
de ser hora señalada
ésta, de estar esperando
dos sobrinos que han venido
de Burgos, la causa ha sido
de no irlos acompañando
hasta salir de Madrid;
que mi amistad no sufriera,
si este empeño no tuviera,
dejar de hacerlo.

D. JUAN.

Asistid,
señor don Tello, a un empeño
tan de vuestra obligación;
que yo estimo la atención.

D. TELLO.

Vos de la mía sois dueño;
que el hacer juntos pasaje
los dos de Méjico a España,
hace amistad tan extraña,
que el cariño de un viaje
casi es deudo; y más ahora
que mi obligación confiesa
favor tanto a la Condesa,
vuestra prima y mi señora.
Y pues ha de ser tan breve
vuestra ausencia, hasta volver,
las bodas no se han de hacer.

D. JUAN.

¿Qué bodas?

D. TELLO.

De todo debe
daros cuenta mi atención.
Los dos sobrinos que espero
con mis hijas casar quiero.

D. JUAN.

(¡Cielos! ¿Qué escucho?)

D. TELLO.

Ellos son
Don Mendo y don Diego. A Mendo,
hijo de hermana menor,
le quiero dar a Leonor;
y a Inés, en quien yo pretendo
fundar de mi honor la basa,
para don Diego la elijo,
porque de mi hermano es hijo
y cabeza de mi casa.
Su gala y su bizarría
es cosa de admiración;
de Burgos es el blasón.

D. JUAN.

(¡Ay de la esperanza mía!
¡Ay, Inés, qué bien se advierte
que, de traición prevenida,
me has encubierto esta herida
para lograr me esta muerte!)

D. TELLO.

¿Qué decís, don Juan?

D. JUAN.

Que apruebo
vuestros justos regocijos.

D. TELLO.

Voy a esperar a mis hijos,
que ya este nombre les debo.
Adiós, don Juan.

D. JUAN.

Él os guarde...

D. TELLO.

Y a vos os vuelva con bien.
Vase.

ESCENA II

D. JUAN.

Amor, el golpe detén,
que contra la vida es tarde.
Ya con tan cruel herida
mi amor no puede vivir;
pues ¿qué falta por morir,
si era amor toda mi vida?
¡Ay, fe muerta a una mudanza!
¿Cómo pudo, aunque se ve,
ser tan segura una fe
puesta en tan falsa esperanza?
¡Ah, Inés! ¿Para mi partida
me reservaste este daño?
Pero ¿cuándo un desengaño
no viene a la despedida?
Pues diré a voces aquí
mis ansias y mis desvelos
y me quejaré a los cielos
para quejarme de ti.
Culpen, pues, tu tiranía
sus luces y sus estrellas;
pero ¿qué han de culpar ellas,
si entre ellas está la mía?

ESCENA III

Sale DOÑA INÉS.

D.^a INÉS.

Don Juan, ¿qué es esto? ¿Tú voces,
tú quejas y tú suspiros,
cuando de tu ausencia está
tan cercano mi peligro?
Esperando que se fuese
mi padre, me dio el aviso
tu voz de que estabas solo;
y cuando salgo, te miro
triste, enojado y quejoso.
¿Qué ha sido la causa? Dilo,
señor, que es cruel la duda.

D. JUAN.

Pues ¿tú, ingrato dueño mío,
por la causa me preguntas?
¿Tú, que eres della el principio,
dudas la razón que tengo

para llorar tus desvíos?
No has de preguntar la causa
sino si yo lo he sabido;
y entonces te respondiera
mi amor, aunque muerto, fino,
que ya he sabido tu engaño,
que ya tu traición he visto;
y que mi loca esperanza
fue de viento y la deshizo
el viento que la formaba,
como luz de rayos tibios,
que de un suspiro se enciende
y muere de otro suspiro.

D.^a INÉS.

Don Juan, señor, ¿con quién hablas?
Que de tan bastardo estilo
no puedo ser el sujeto.
¿Tú traición, tú engaño has visto?
No sé, por Dios, lo que dices,
y turbada te replico;
que aunque no tenga razón
tu queja, que no averiguo,
tu tan horroroso estruendo,
para turbar basta el ruido.

D. JUAN.

¿No tiene razón mi queja?
¡Pluguiera al Cielo divino
que yo comprara mi engaño
a precio de ese delito!
Pero mira si la tiene,
pues ya supe, dueño esquivo,
que estás casada, y tu padre
esperando a sus sobrinos,
que han de ser los dos dichosos
a costa de mi martirio:
con Leonor, tu hermana, el uno,
y el otro ¡ay de mí! contigo.
Don Diego, Inés, es tu dueño;
claro está que será digno,
tan como por su sangre,
por haberte merecido.
Ya halló ocasión tu entereza
De disfrazar sus cariños,
dando en agrados de esposo

envuelto el nombre de primo.
De tu elección no me quejo;
pero ¿qué triunfo has tenido
en que muera de agraviado
quien pudo morir de fino?
¿Para qué ha sido engañarme?
¿Para qué alentarme ha sido?
Tu rigor...

D.^a INÉS.

Don Juan, detente.

¿Qué don Diego, qué sobrinos,
qué casamientos son éstos?
¿Quién ese engaño te ha dicho?
Porque no sólo es engaño,
mas ni aun yo dél tengo indicio
que llegue a más que saber
que son esos dos mis primos,
que mi padre hoy los espera,
que de Burgos han venido;
mas a casarse no sé,
si no es que tú hallas camino
de que, sin saberlo yo,
pueda casarse conmigo.

D. JUAN.

Pues ¿esto puede ser falso
cuando tu padre lo ha dicho?;
o, siendo tú su hija, ¿puedes
ignorarle este disinio?
Yo, Inés, había deseado,
reconociendo el estilo
de las mujeres, saber
si habrá caso tan preciso
o tan claro desengaño
donde alguna se haya visto,
sin tener qué responder,
concluida en su delito.
Pero, pues tú hallas en esto
a tu disculpa resquicio,
de que no le puede haber,
me doy, Inés, a partido.
Pero ¡vive Dios!, tirana,
que no ha de lograr conmigo
tu traición sus agudezas;
y si era el intento mío

partirme para volver
en alas de mi cariño,
ha de ser ahora alejarme
de tu mentiroso hechizo;
tanto, que en mi larga ausencia
llegue a encontrar el olvido.
A esto voy ¡y qué mal voy!;
pues si te dejo rendido,
a ti te logro el deseo
y a mí me doy el castigo.
Mas tendré, muriendo, el gozo
de saber en mi martirio
que eres tú la que me mata,
pero yo el que me retiro.
No has de lograr la traición,
huyendo yo mi peligro,
pues por malograrte el rayo
voy a morir del aviso.

D.^a INÉS.

Don Juan, señor, oye, espera.

ESCENA IV

Sale LEONOR.

D.^a LEONOR.

Inés, hermana, ¿qué miro?
¿Tú descompuesta? ¿Qué es esto?

D.^a INÉS.

Esto es, Leonor, un delirio:
decir don Juan que mi padre
que estoy casada le ha dicho,
y que esposos de las dos
vienen a ser nuestros primos.

D.^a LEONOR.

Pues, Inés, dice verdad
porque él ahora me dijo
que prevenidas estemos
porque él va por sus sobrinos,
que han de ser nuestros esposos;
y que por cierto motivo
que ha importado a su atención

nos ha callado este aviso.

D.^a INÉS.

¡Ay de mí! Leonor, ¿qué dices,
que ya te oigo sin sentido?

D. JUAN.

Mira, Inés, si fue verdad
mi temor.

D.^a INÉS.

Mas ya has oído
cómo pude yo ignorarlo.

D. JUAN.

Pues ¿qué importa al temor mío?
Erré en culpar tu fineza,
más no en temer mi peligro;
¿cómo se excusa mi muerte,
si ya perderte imagino?

D.^a INÉS.

No sé, don Juan; que si es cierto,
como en mi mal lo colijo,
yo replicar a mi padre
podré, mas no resistillo.

D. JUAN.

Luego ¿es preciso morir?

D.^a LEONOR.

No, don Juan, no es tan preciso;
que en la elección del estado
dan fuero humano y divino
la proposición al padre
y la aceptación al hijo.
Las dos, don Juan, nos casamos
aunque él nos busque el marido,
que la elección no ha de ser
de quien no fuere el peligro.
El riesgo de un casamiento,
que si se yerra es martirio,
ha de ser el escogello
de quien se obliga a sufrillo.
Siendo esto cierto, ¿qué temes
de que él tenga ese disinio?

¿Se ha casado alguna dama
con el sí que el padre dijo?
Y esto no es darte a entender
que podrá nuestro albedrío
oponerse a su precepto,
porque si él lo ha concluido,
no hay resistencia en nosotras;
pero, cuando sabe él mismo
que nuestras dos voluntades
penden sólo de su arbitrio,
no es posible que una acción,
que es tan de nuestro albedrío,
la resuelva su decreto
sin logramos el aviso.

D. JUAN.

Pues ¿qué puede ser, Inés,
haberme tu padre dicho
que ya estáis las dos casadas?

D.^a INÉS.

Tener él ese disinio
y querernos proponer
para esposos nuestros primos,
mas si él ya no lo ha resuelto,
como mi hermana te ha dicho,
cuando esté en mi voluntad,
está, don Juan, sin peligro.

D.^a LEONOR.

Inés, mira que es forzoso
que vamos a prevenirnos.

D.^a INÉS.

¡Ay, Leonor! ¿Cómo podremos
hallar las dos un camino
de parecerlos muy mal?

D.^a LEONOR.

Apelar al artificio:
mucho moño y arracadas,
valona de cañutillos,
mucho color, mucho afeite,
mucho lazo, mucho rizo
y verás qué mala estás;
porque yo, según me he visto,

nunca saco peor cara
que con muchos atavíos.

D.^a INÉS.

Tienes buen gusto, Leonor,
que es el demasiado aliño
confusión de la hermosura
y embarazo para el brío.

ESCENA V

Sale MOSQUITO.

MOSQUITO.

¡Jesús, Jesús, dadme albricias!

D.^a LEONOR.

¿De qué las pides, Mosquito?

MOSQUITO.

De haber visto a vuestros novios;
que apenas el viejo hoy dijo
la sobriniboda cuando
partí como un hipogrifo;
fui, vi y vencí mi deseo,
y vi vuestro par de primos.

D.^a LEONOR.

Y ¿cómo son?

MOSQUITO.

Hombres son.

D.^a LEONOR.

Siempre estás de un humor mismo,
pues ¿podían no ser hombres?

MOSQUITO.

Bien podían ser borricos,
que en traje de hombre hay hartos.

D.^a LEONOR.

Y ¿cómo te han parecido?

MOSQUITO.

El don Mendo, que es el tuyo,
galán, discreto, advertido,
cortés, modesto y afable;
menos algún revoltillo
que se le irá descubriendo
con el uso de marido.

D.^a LEONOR.

Si él es tan afable ahora,
casado será lo mismo.

MOSQUITO.

Eso no, que suelen ser
como espadas los maridos,
que en la tienda están derechas,
y comprándolas sin vicio,
en el primer lance salen
con más corcova que un cinco.

D.^a INÉS.

¿Y don Diego?

MOSQUITO.

Ese es un cuento
sin fin pero con principio;
que es lindo el don Diego y tiene,
más que de Diego, de lindo.
Él es tan rara persona
que, como se anda vestido,
puede en una mojiganga
ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero
se ve en su talle y su brío,
porque el arte suyo es arte
de marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
que al andar sale de quicio,
porque anda descoyuntado
del tormento del vestido.
De curioso y aseado
tiene bastantes indicios
porque, aunque de traje no,
de sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso parece
ateísta y lo colijo
de que, según él discurre

no espera el día del juicio.
A dos palabras que hable
le entenderás todo el hilo
del talento, que él es necio
pero muy bien entendido
Y porque mejor te informes
de quién es y de su estilo,
te pintaré la mañana
que con él hoy he tenido.
Yo entré allá y lo vi en la cama,
de la frente al colodrillo
ceñido de un tocador,
que pensé que era judío.
Era el cabello hecho trenzas,
clin de caballo morcillo,
aunque la comparación
de rocín a ruin ha ido.
Con su bigotera puesta
estaba el mozo jarifo,
como mulo de arriero
con jáquima de camino;
las manos en unos guantes
de perro, que por aviso
del uso de los que da,
las aforra de su oficio.
Deste modo, de la cama
salió a vestirse a las cinco,
y en ajustarse las ligas
llegó a las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo
y, en memoria de Narciso,
le dio las once en la luna;
y en daga y espada y tiros,
capa, vueltas y valona,
dio las dos y después dijo:
«Dios me vuelva a Burgos, donde
sin ir a visitas vivo,
que para mí es una muerte
cuando de priesa me visto.
Mozo, ¿dónde habrá ahora misa?»
375
Y el mozo, humilde, le dijo:
«A las dos dadas, señor,
no hay misa sino en el libro».
Y él respondió muy contento:
«No importa, que yo he cumplido

con hacer la diligencia.
Vamos a ver a mi tío».
Este es el novio, señora,
que de Burgos te ha venido;
tal que primero que al novio
esperara yo un novillo.

D.^a INÉS.

¡Ay, don Juan! Con estas nuevas
es menos ya el temor mío,
pues mi padre no es posible
que me entregue a este martirio.

D. JUAN.

Inés, por cualquiera parte
crece el temor y el peligro,
no es nuevo ser tú mi vida,
y ya en tus labios la miro.

D.^a INÉS.

Vete, don Juan, que es forzoso
ir las dos a prevenirnos.

D. JUAN.

Ya no es posible ausentarme.

D.^a INÉS.

Albricias doy al peligro,
mas ¿cómo, si de mi padre
ya has quedado despedido?

D. JUAN.

Fingiré algún embarazo.

D.^a INÉS.

¿Y lograrásme un alivio?

D. JUAN.

A eso voy.

D.^a INÉS.

¡Guárdete el cielo!

D. JUAN.

Guárdeste tú, que es lo mismo.

MOSQUITO.

¡Ah, señor don Juan!

D. JUAN.

¿Qué quieres?

MOSQUITO.

Tres portes de papelillos,
que, a doblón, montan...

D. JUAN.

Ve a casa,
y llevarás un vestido.
Vase.

ESCENA VI

MOSQUITO.

Pues si él ha de ser llevado,
no me le dé usted traído.

D.^a INÉS.

Vamos, Leonor.

MOSQUITO.

¡Ah, señora!

D.^a INÉS.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Tengo contigo
una intercesión y un ruego,
y aunque con sol tan divino
es osadía, me atrevo
a título de Mosquito.

D.^a INÉS.

¿Qué es lo que quieres?

MOSQUITO.

Beatriz,
después que la has despedido,
anda pidiendo limosna.

D.^a INÉS.

Pues si mi padre lo hizo,
¿qué puedo yo remediar?

MOSQUITO.

Ese es rigor.

D.^a INÉS.

Mas no mío.

MOSQUITO.

Pues pide, dale; que es pobre.

D.^a INÉS.

¿Qué la he de dar?

MOSQUITO.

Un recibo,
y vuelva a servirte a casa
pues ya llora el pan perdido.

D.^a INÉS.

Espero hoy otra criada.

MOSQUITO.

No la llegará al tobillo
ninguna de cuantas vengan.

D.^a INÉS.

¿Por qué no?

MOSQUITO.

Eso ¿no está visto?
Ella es golosa, chismosa,
respondona y alza el grito,
ventanera y todo el día
gasta en tratar de su aliño.
Pues ¿dónde has de hallar criada
que cumpla más con su oficio?

D.^a INÉS.

Porque se ha criado en casa
siento haberla despedido,
mas como ella, por ahora,
quiera estarse en mi retiro
sin que la vea mi padre,

la recibiré.

MOSQUITO.

¡Ah, Dios mío,
lo que hace un buen abogado!

D.^a INÉS.

Dila que venga, Mosquito.

D.^a LEONOR.

Y entre sin verla mi padre.

MOSQUITO.

¿Y si está aquí?

D.^a INÉS.

Entre contigo.

Vanse.

ESCENA VII

MOSQUITO.

¡Vitoria, por mis camisas!
¡Ah, Beatricilla!
Sale BEATRIZ.

BEATRIZ.

¿Qué ha habido?

MOSQUITO.

Que estás recibida ya.

BEATRIZ.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Que Tito Livio
no pudo hablar en tu abono
como yo de tu servicio.
Ponderé aquí tus labores,
tu cuidado y tu buen pico,
y hace tanto un buen tercero,
que te recibió al proviso.

BEATRIZ.

Siempre conocí yo en ti
tu buena intención, Mosquito.

MOSQUITO.
Mira, yo naturalmente
hablo bien de mis amigos.

BEATRIZ.
Seré tuya eternamente.

MOSQUITO.
Mas ya que te han recibido,
¿no me das carta de pago?

BEATRIZ.
Tú verás si es mi amor fino.

MOSQUITO.
Toca esos huesos y vamos.

BEATRIZ.
Toco y taño.

MOSQUITO.
Salto y brinco.

BEATRIZ.
Y ¿esto ha de pasar de aquí?

MOSQUITO.
¡No, sino amarnos de vicio!

BEATRIZ.
Pues querernos en silencio.

MOSQUITO.
No podré, siendo Mosquito.

BEATRIZ.
¿Por qué no?

MOSQUITO.
Porque los moscos,
para picar, hacen ruido.
Vanse.

ESCENA VIII

DON DIEGO, DON MENDO; LOPE y MARTÍN, cada uno con un espejo.

D. DIEGO.

Poneos los dos enfrente,
porque me mire mejor.

D. MENDO.

Don Diego, tanto primor
es ya estilo impertinente.
Si todo el día se asea
vuestra prolija porfía,
¿cómo os puede quedar día
para que la gente os vea?

D. DIEGO.

Don Mendo, vos sois extraño,
yo rindo, con salir bien,
en una hora que me ven,
más que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
os veis como yo me veo,
no os tardéis en vuestro aseo,
porque es tiempo mal gastado.
Mas si veis la perfección
que Dios me dio sin tramoya,
¿queréis que trate esta joya
con menos estimación?
¿Veis este cuidado vos?
Pues es virtud más que aseo
porque siempre que me veo
me admiro y alabo a Dios.
Al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido,
mil veces he presumido
que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella
que rinde el que más regala,
la arrastro yo con mi gala;
pues dejadme cuidar della.
Y vos, que vais a otros fines,
vestíos de priesa; yo no,
que no me he de vestir yo
como frailes a maitines.

D. MENDO.

Si lo hacéis con ese fin,
¿qué dama hay que os quiera bien?

D. DIEGO.

Cuantas veo, si me ven,
porque en viéndome dan fin.

D. MENDO.

¡Que lleguéis a imaginar
locura tan conocida!
¿Habéis visto en vuestra vida
mujer que os venga a buscar?

D. DIEGO.

Eso consiste en mis tretas,
que yo a las necias no miro
y en las que yo logro el tiro
sufren, como son discretas,
y aunque las mueva su fuego
a hablar, callarán también,
porque ven que mi desdén
ha de despreciar su ruego.

D. MENDO.

¿Vos desdén? Tema graciosa.

D. DIEGO.

Pues ¿queréis que me avasalle
fácil yo, con este talle?
No me faltaba otra cosa.

D. MENDO.

Mirad que eso es bobería
de vuestra imaginación.

D. DIEGO.

No paso yo por balcón
donde no haga batería,
pues al pasar por las rejas
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros
que me dan por las orejas.

D. MENDO.

Vive Dios que eso es manía
que tenéis.

D. DIEGO.
Mujer sé yo
que dos veces se sangró
por haberme visto un día.

D. MENDO.
Yo desengañaros quiero.

D. DIEGO.
¿Cómo?

D. MENDO.
Que a una dama vamos
a festejar y veamos
a cuál se rinde primero.

D. DIEGO.
Pues ¿no tenemos aquí
a nuestras primas yo y vos?
¿Cuánto va que ambas a dos
hoy se enamoran de mí?

D. MENDO.
¿No veis que en ellas es más
el honor que las refrena?

D. DIEGO.
Hasta verme, norabuena,
pero en mirándome, ¡zas!

D. MENDO.
(Loco soy, pues quiero yo
a tal necio disuadir).

D. DIEGO.
¿Qué decís?

D. MENDO.
Que ya temo ir
con vos.

D. DIEGO.
¡Pues no sino no!

Mas dejadme que yo mismo
vuelva el talle a repasar,
que hoy por vos temo sacar
en mi gala un solecismo.
Alzad esos dos espejos.

MARTÍN.
Bien están ansí.

D. DIEGO.
No están.

LOPE.
Pues ¿cómo bien estarán?

D. DIEGO.
Mirándose los reflejos.

MARTÍN.
La luna se mira toda.

D. DIEGO.
No tal.

LOPE.
Pues ¿cómo ha de ser?

D. DIEGO.
¡Que no aprendáis a poner
los espejos a la moda!

MARTÍN.
Di cómo, y no te alborotes.

LOPE.
¿Qué es moda?

D. DIEGO.
¡Mi rabia toda!
¡Que no sepan lo que es moda
hombres que tienen bigotes!

MARTÍN.
¿Están bien así?

D. DIEGO.

Eso quiero,
que así todo me divisa.

D. MENDO.

(Cayéndome estoy de risa
de ver a este majadero).

D. DIEGO.

¡El pelo va hecho una palma!
¡Guárdese toda mujer!
Yo apostaré que al volver
en cada hebra traigo un alma.
Los bigotes son dos motes,
diera su belleza espanto,
si hiciera una dama un manto
de puntas destes bigotes.
El talle está de retablo,
el sombrero va sereno:
de medio arriba está bueno,
de medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada.
¡Qué airosa pierna es la mía!
De la tienda no podía
parecer más bien sacada.
Pero tened, ¡vive Dios!,
que aquesta liga va errada;
más larga está esta lazada
un canto de un real de a dos.
Llega, mozo, a deshacella.

D. MENDO.

¡Que queso os cueste fatiga!
Pues ¿qué importará esa liga?

D. DIEGO.

No caer pájaro en ella.

D. MENDO.

Mirad que ésas son locuras,
que a quien las ve a risa obliga.

D. DIEGO.

Sólo con aquesta liga
cazo yo las hermosuras.

MARTÍN.

Ya está buena.

D. DIEGO.

Ahora están
iguales las dos; bien voy.
Con el reparillo estoy
cuatro dedos más galán.
Siempre que el verme repito,
queda el alma más ufana.
Mozo, acuérdate mañana
de traerme pan bendito.

ESCENA IX

Sale MOSQUITO.

MOSQUITO.

Ya está aquí el coche, señor.

D. DIEGO.

¿Mosquito? Vamos, don Mendo.

D. MENDO.

Según vais, ya voy temiendo
que he de parecer peor.

D. DIEGO.

¿Voy bien?

D. MENDO.

(La risa reprimo).
A desconfiar me obliga.

D. DIEGO.

Miren si importó la liga
pues ya se rinde mi primo.

MOSQUITO.

(Al mirarle estoy suspenso.
¡Que éste piense que es galán!
Mas hartos lo pensarán,
que lo piensan por el pienso).

D. DIEGO.

Mosquito, ¿hay gran prevención?

¿Cómo mis primas están?

MOSQUITO.

Tales, señor, que podrán
tocarse entrambas a un son.
Cualquiera está tan bizarra
de las dos, que al sol da cola,
y cualquiera prima sola
puede hacer una guitarra.

D. DIEGO.

También acá arde la fragua,
que todo eso es menester.

MOSQUITO.

¿Pues no?

D. DIEGO.

A fe que hemos de ver
quién se lleva el gato al agua.

MOSQUITO.

Pues dudarse eso ¿no es yerro?
Sólo de oír tu retrato
las vi, que no sólo el gato
llevarás tú, sino el perro.

D. DIEGO.

Pues ¿ves? Sólo me lastima...

MOSQUITO.

¿Qué, señor?

D. DIEGO.

...mi estrella mala.
¡Que venga toda esta gala
a parar en una prima!

MOSQUITO.

Cierto que tienes razón,
y a mí también me lastima.

D. DIEGO.

¿No me malogro en mi prima?

MOSQUITO.

Merecías tú un bordón.
Mas deso no te provoques.

D. DIEGO.
El ser tan rica me anima.

MOSQUITO.
Y yo pienso que la prima
saltará antes que la toques.

D. DIEGO.
¿Cómo saltar?

MOSQUITO.
Es galante,
y baila famosamente.

D. DIEGO.
¡Oh, pues viéndome presente
bailará el agua delante!
Y ella ¿me merece a mí?

MOSQUITO.
Ese es, señor, mi recelo,
porque es un ángel del cielo
y no te merece a ti.

D. DIEGO.
¿Qué dices?

MOSQUITO.
Si no es que sea
ley de estrella poderosa.

D. DIEGO.
Miren, si esto es siendo hermosa,
¿qué haría si fuera fea?

MOSQUITO.
¿Sabes quién estoy pensando
que te merecía?

D. DIEGO.
¿Quién fuera?

MOSQUITO.

Una dama que estuviera
toda su vida ayunando.

D. MENDO.

Vamos presto, que mejor
allá lo podréis juzgar.

D. DIEGO.

Vamos, don Mendo, a matar
estas dos primas de amor.

MOSQUITO.

Al verte será delito
si no se desmayan luego.

D. DIEGO.

Juicios tienes de don Diego.

MOSQUITO.

(Y tú sesos de Mosquito).
Vanse.

ESCENA X

Salen DON JUAN y TELLO.

D. JUAN.

Suspendióse, don Tello, mi partida,
porque mi prima, estando prevenida
para ir a cumplir una novena
que tenía ofrecida a Guadalupe,
que me detenga ordena,
y es fuerza que me ocupe
en asistir sus pleitos entretanto.
(No será sino el mío).

D. TELLO.

Estimo tanto
vuestra amistad, don Juan, que habiendo habido
justa ocasión que os haya detenido,
os he de suplicar que a honrarme asista
vuestra persona, ahora que a la vista
de mis hijas espero a mis sobrinos.

D. JUAN.

Siempre de honrarme halláis nuevos caminos.
(¡Cielos, no haya logrado yo esta suerte
para ver la sentencia de mi muerte!)

D. TELLO.

Ya aquí vienen las dos.

D. JUAN.

Y yo quisiera
me aviséis, por no errar de adelantado,
si están ya los conciertos en estado
de poder dar el parabién.

D. TELLO.

Sí, amigo;
bien se le podéis dar.

D. JUAN.

(¡Cielos! ¿Qué espero?
Más que del golpe, de temello muero).

D. TELLO.

Que aunque Inés y Leonor no lo han sabido,
ya yo el concierto tengo concluido,
y el haberle callado
ha sido por no estar asegurado
de la venida de mis dos sobrinos,
por tener ellas otros pretendientes,
amantes y parientes
que estorbarlo intentaron. Y, en efeto,
se ha logrado el venir con el secreto,
y esta la causa ha sido
de que Leonor y Inés no lo han sabido,
porque no fuera bien que yo un concierto
les propusiese que saliera incierto;
mas ya, por mi palabra asegurado,
nos dais el parabién adelantado.

D. JUAN.

Muy como vuestra la atención ha sido.
(¡Cielos, yo estoy hablando sin sentido!)

ESCENA XI

Salen CRIADAS, LEONOR y D.^a INÉS tocadas de boda.

D.^a INÉS.
(¡Muerta salgo!)

D.^a LEONOR.
(Tus dudas son forzosas).

D. TELLO.
¡Bien prevenidas salen! ¡Son curiosas!

D. JUAN.
(Esfuércese el corazón
a este tormento también).
En tan dichosa ocasión
es precisa obligación,
señoras, mi parabién.
Logréis el feliz estado
a medida del deseo.
(Y a costa de un desdichado).

D.^a INÉS.
No sé a qué va encaminado
ni el parabién ni el empleo.

D. TELLO.
El parabién da don Juan
de los casamientos hechos
con vuestros primos.

D.^a INÉS.
Y ¿están
en estado que podrán
admitirle nuestros pechos?

D. TELLO.
¿Pues no, si ellos han venido
de mi palabra fiados?

D.^a INÉS.
No habiéndolos admitido
nosotras, en vano ha sido
darlos por efectuados.

D. TELLO.

Pues ¿podéis las dos hacer
a mi gusto resistencia?

D.^a LEONOR.

Yo, señor, no sé tener
voluntad y si ha de ser
alguna, esa es mi obediencia.

D.^a INÉS.

Contigo también, señor,
es mi voluntad ajena;
sólo tu gusto es mi amor,
mas este mismo primor
tu resolución condena,
porque cuando yo he de estar
pronta siempre a obedecer,
no me debieras mandar
cosa en que puedo tener
licencia de replicar;
y si me da esta licencia
el Cielo y tu autoridad
me la quita con violencia,
casárase mi obediencia
pero no mi voluntad.
Siendo este estado, señor,
de tantos riesgos cercado,
¿no pudiera algún error
dar asunto a mi dolor
y empeños a tu cuidado?
Luego aunque yo me concluyo,
debieras a mi albedrío
proponerlo, no por suyo,
sino porque, aunque él es tuyo,
tiene el título de mío.

D. TELLO.

Aunque es la queja tan vana,
por queja de amor la he oído,
Inés, callando tu hermana,
que no eres tú tan liviana
que tuviera otro sentido;
ni yo tan poco mirado
que a todo vuestro deseo
no le exceda mi cuidado,
habiendo ya examinado

los peligros de este empleo.
En gusto, quietud y honor
lográis toda la ventura
que pudiera vuestro amor
y el mío, que es el mayor,
que vuestro bien asegura;
y mi palabra empeñada
ya, Inés, no tiene lugar
tu queja, aunque bien fundada,
pues sobre que estás casada
no tienes que replicar.

D. JUAN.

(¡Cielos! Yo de mi tormento
he venido a ser testigo).

D.^a INÉS.

(Y yo del dolor que siento).
Pues si ya mi casamiento
das por hecho, sólo digo
que, aunque tan llano lo ves,
falta una duda por ti
no fácil.

D. TELLO.

Y ésa ¿cuál es?

ESCENA XII

Sale MOSQUITO.

MOSQUITO.

Los novios están aquí.

D. TELLO.

Déjalo para después. (A doña Inés)
¿Dónde están? (A Mosquito)

MOSQUITO.

Veslos allí,
que el coche, con gran sosiego,
los va ya dando de sí.

Salen DON MENDO, DON DIEGO y CRIADOS.

D. TELLO.
Prevenid sillas aquí.
MOSQUITO.
(Y albarda para don Diego).

D. DIEGO.
Buen lugarillo es Madrid.

D. MENDO.
Dadnos, señor, los pies vuestros.

D. TELLO.
Llegad, hijos, a mis brazos,
que ya de padre os prevengo.

D. DIEGO.
Bravos lodos hace, tío.

D. TELLO.
Pues ¿qué embarazo os han hecho
viniendo los dos en coche?

D. DIEGO.
Antes lo digo por eso,
que hemos perdido ocasión
de venir gozando dellos.

D. TELLO.
¿Pues echáis menos los lodos?

MOSQUITO.
Es adamado don Diego,
y le ha olido bien el barro.

D. TELLO.
Hablad a Inés.

D. DIEGO.
Eso intento.
Lo primero que habla un novio,
dicen todos los discretos
que es necedad; pues aposta
he de hablar yo poco y bueno.
Señora, ya os habrán dicho
que sois mía y yo soy vuestro,
mas os puedo asegurar

que en mí os da mi tío un dueño
que hay muchas que le tomaran
con dos cantos a los pechos.
Con decir una verdad
se excusa uno de ser necio.

D.^a INÉS.

(¡Muerta estoy!) En mí, señor,
la voluntad que yo tengo
es de mi padre y no mía,
y vuestra, por su precepto.
(¿Qué hombre ¡cielos! es aqueste
tan torpe, exquisito y necio?)

D. DIEGO.

(¡Alto! Clavóse hasta el alma,
ya por mí perderá el seso).

MOSQUITO.

(Si ella se casa contigo,
que le perderá es bien cierto).

D. TELLO.

Hablad, don Mendo, a Leonor.

D. MENDO.

En su hermosura suspenso,
del primer yerro en mi labio
tendrá disculpa el proverbio;
y ya turbado, señora,
a las luces del sol vuestro
con tanta razón, sería
acertar el mayor yerro.

D.^a LEONOR.

Nada puede errar quien lleva
por norte tan buen lucero
como la desconfianza.
(Discreto y galán es Mendo;
yo he sido la más dichosa).

D. DIEGO.

Mi primo, con lo modesto,
vence el no ser muy galán.

D.^a LEONOR.

Vos lo sois con tanto extremo,
que haréis menos a cualquiera.
(¡Hay más loco majadero!)

D. DIEGO.

(También cayó la Leonor.
Buena mi primo la ha hecho
en ir a vistas conmigo).

D. TELLO.

Tomad, sobrinos, asiento.

D. DIEGO.

Yo por mí, ya estoy sentado.

D. TELLO.

Muy llano venís, don Diego.
(Muy tosco está mi sobrino;
mas la corte le hará atento).

D. DIEGO.

(¡Hola! Por Dios, que también
se me ha enamorado el viejo).

MOSQUITO.

(Dicha tienes en que aquí
no esté también el cochero).

D. JUAN.

(¡Cielos! Mienten los que dicen
que puede ser de consuelo
el competidor indigno;
que antes es de más tormento,
pues el uso de las dichas
se aseguran en el necio).

D. TELLO.

Los dos al señor don Juan
conoced, que es a quien debo
tan íntima obligación,
que le viene el nombre estrecho
de amistad a nuestro amor.

D. JUAN.

Y en mí tendréis un deseo
de serviros que dará

indicios de aqueste empeño.

D. MENDO.

Ya, señor don Juan, le logro
en las noticias que tengo.

D. DIEGO.

Y yo desde hoy con más veras
he de ser amigo vuestro,
que tiráis algo a galán
y para mí es bravo cebo.

D. JUAN.

Delante de vos no puede
ningún galán parecerlo,
que tiráis tanto, que dais
en el blanco dese acierto.

D. DIEGO.

No, antes doy poco en el blanco,
porque es color que aborrezco,
y el usarse aquestas mangas
de garapiña me han hecho
sacar blanco algunas veces
pero ya es todo mi anhelo
una color de pepino
que ha traído un extranjero.

D. JUAN.

¿De pepino? Pues ¿no es verde?

D. DIEGO.

Es gran color.

MOSQUITO.

Será bueno
para aforrar ensaladas.

D. DIEGO.

Sólo unos guantes me he puesto
de este color, pero estaba
que era prodigio con ellos.

D.^a INÉS.

(Leonor, este hombre no tiene
uso del entendimiento).

D.^a LEONOR.
(Ni aun del sentido tampoco).

D. DIEGO.
(Ya hablan las dos en secreto;
luego dije yo que había
de parar el caso en celos).
¿Qué se murmura, señoras?

D.^a LEONOR.
Alabaros de discreto.

D. DIEGO.
¿Y no de galán?

D.^a LEONOR.
También.

D. DIEGO.
Pues eso es cuento de cuentos,
porque en Burgos unas damas
trataron de hacer lo mismo
y en sólo los pies tardaron
un día.

MOSQUITO.
Según son ellos,
bien de priesa los pasaron.

D. MENDO.
(¡Corrido estoy, vive el cielo,
de venir con este tonto!)

D. TELLO.
(Mi sobrino está algo necio,
mas yo le reprenderé
para que enmiende este yerro).
Venid a ver vuestro cuarto.

D. DIEGO.
Sí, señor, vamos a eso,
porque el mío ha menester
mucha luz para el espejo.

D. MENDO.

Señora, no se despide
quien deja el alma asistiendo
al culto de vuestros ojos
desde que vive de vellos.

D. DIEGO.

Yo, prima, no sé de cultos,
porque a Góngora no entiendo,
ni le he entendido en mi vida,
pero después nos veremos.
Vanse.

D.^a INÉS.

¿Qué dices desto, Leonor?

D.^a LEONOR.

No sé, hermana, ni me atrevo
a hablar; y viendo tu pena,
por no afligirte, te dejo.
Vase.

ESCENA XIII

MOSQUITO.

¿Y si yo me atrevo a hablar
y a decirte que aunque luego
te case con él tu padre,
yo a descasarte me atrevo?
Porque este novio es un macho
y hace mulo el casamiento.

D. JUAN.

Inés, señora, ¿qué dices?
¿Quédale ya a mi tormento
esperanza que le alivie?
Ya todo el peligro es cierto,
ya dio palabra tu padre,
ya está acetado el empeño,
ya yo te perdí, señora,
y ya... Pero ¿cómo puedo
referir mayor desdicha
que haber dicho que te pierdo?

D.^a INÉS.

Don Juan, según yo he quedado,

ni aun para hablar tengo aliento;
ni yo se si me has perdido,
ni de mi padre el empeño,
ni si ya ha dado palabra,
ni aun razón tampoco tengo
para saber de mi pena;
mira qué haré del remedio.
Si hay alguno en el discurso,
es no tenerle don Diego,
ser sujeto tan indigno,
y mi padre no tan ciego
que no lo haya conocido.
A él con mis quejas apelo,
y a decirle que el casarme
con hombre tan torpe y necio
es condenarme a morir
o a vivir en un tormento.

MOSQUITO.

Y que es pecado nefando
casarte con un jumento.

D. JUAN.

Y si a tu padre le obliga
de su palabra el empeño,
y desprecia tu razón
por su atención, que es primero,
¿qué haré, perdiéndote, yo?

MOSQUITO.

Lo que yo hago cuando pierdo.

D. JUAN.

¿Qué haces tú?

MOSQUITO.

Romper los naipes
o llevármelos enteros.

D.^a INÉS.

Don Juan, mi padre no es
en mi amor tan poco atento
que viendo tan justa causa
como de quejarme tengo,
a toda una vida mía
anteponga otro respeto.

Esta apelación me falta;
si es tan uno nuestro riesgo,
admítela, que parece
que no es tuyo mi deseo.

D. JUAN.
¿Cómo he de admitirla, Inés,
viendo a tu padre resuelto
a cumplir con su palabra,
y es de su honor este empeño?

D.^a INÉS.
Y el mío, ¿no es de mi vida?

D. JUAN.
Sí, pero con él es menos.

D.^a INÉS.
¿No puede ser que se mueva
a mi llanto?

D. JUAN.
No lo espero.

D.^a INÉS.
Pues, don Juan, si tu temor
da mi peligro por cierto,
resolvernos a morir,
que aquí no hay otro remedio.

D. JUAN.
Pues ¿para cuándo es, Inés,
un atrevido despecho,
que tiene tantas disculpas?

D.^a INÉS.
Don Juan, no hables en eso;
que aunque es tan grande mi amor,
es mi obligación primero.

D. JUAN.
¿Y ése puede ser amor?

D.^a INÉS.
Amor es, pero sujeto
a la ley de mi decoro.

D. JUAN.

¿Que, en fin, niegas un aliento
al temor de mi esperanza?

D.^a INÉS.

¿Ya no te doy el que puedo?

D. JUAN.

¿Qué puede importar, si es poco?

D.^a INÉS.

Pudiendo bastar lo menos
¿por qué he de empeñar lo más?

D. JUAN.

¿Y si lo requiere el riesgo?

D.^a INÉS.

Vete, don Juan; que los daños
empeñan a los remedios.

D. JUAN.

Esa esperanza me alivia.

D.^a INÉS.

Pues deja ver el suceso.

D. JUAN.

Quiera amor que sea feliz.

D.^a INÉS.

Más de mi parte está el ruego.

D. JUAN.

¡Qué temor!

D.^a INÉS.

Adiós, don Juan.

D. JUAN.

Guárdete, señora, el cielo.

MOSQUITO.

Miren si es verdad que ya
pierde el juicio por don Diego.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA I

Salen DON JUAN y MOSQUITO.

MOSQUITO.

Vuelvo a decirte que hay medio
para curar tu dolor.

D. JUAN.

Mosquito, en tanto rigor,
¿cuál puede ser el remedio?
Don Tello ha determinado
el dar a Inés a don Diego,
y ha despreciado su ruego
y su palabra ha empeñado;
no hay medio en tanta aflicción.

MOSQUITO.

Dígame que le ha de haber.

D. JUAN.

Necio, ¿cómo puede ser?

MOSQUITO.

¿Hay tal desesperación?
Ese hombre ¿no es un rocín?
Luego tu duda es cruel.

D. JUAN.

Pues ¿qué medio hay para él?

MOSQUITO.

El medio de un celemín.

D. JUAN.

¿Burlaste de mi dolor?

MOSQUITO.

Pues si no me quieres creer,

¿qué tengo de responder?
No desesperes, señor,
que en esto hay medio y remedio
y tataramedio y todo.

D. JUAN.
Pues viviré de ese modo.

MOSQUITO.
Y ha de ser pared en medio.
Pero para aqueste efeto,
tu licencia me has de dar
de lo que yo he de trazar.

D. JUAN.
Esa yo te la prometo.

MOSQUITO.
Pues señor, yo, conocida
la liviandad de don Diego,
deseando tu sosiego,
hallé el medio por su herida.
Alabéle con intento
a tu prima la condesa,
que ya de viuda profesada
se le anda el casamiento.
Abrió tanto ojo a la mía,
y muy fiado de sí,
dijo: «Si ella me ve a mí,
yo me veré señoría».
Yo le prometí llevar
donde ella verle pudiera,
y él dijo: «Desa manera,
condesa, de par en par».
Si trazamos que en él cuaje
esta esperanza, después
despreciará a doña Inés
y al viejo y a su linaje.
Conque tú puedes tratar
de tu boda a tu placer
porque él, por encondecir,
no ha de querer exprimar.

D. JUAN.
Sí; mas no halla mi desvelo
modo de verlo logrado.

MOSQUITO.

Pues veslo aquí ejecutado
como el huevo de Juanelo.
Tú con tu prima has de hacer
que un favor no le recate.

D. JUAN.

¡Jesús! ¡Qué gran disparate!
¿Yo me había de atrever
con mi prima a esa indecencia?
Demás de que ausente está
en Guadalupe, aunque acá
no se sabe de su ausencia;
pues su casa está asistida
como si ella aquí estuviera.

MOSQUITO.

Pues mejor desamano
la industria está conseguida.

D. JUAN.

¿De qué modo?

MOSQUITO.

Con mi maña.
Yo tengo aquí una mujer
que fingirá, sin caer,
la Princesa de Bretaña;
tan sabia que por su cholla
dijo aquel refrán feliz:
«De las hembras, la Beatriz,
y de las aves, la olla».
Ella, que mi industria anima,
por finísima embustera,
es tan delgada tercera
que se sabrá fingir prima.
Sin costarte más trabajo
que permitirme la empresa,
le haré tragar la condesa
envuelta en el estropajo.

D. JUAN.

¿No es fuerza que eso se ajuste
con las criadas?

MOSQUITO.

Mejor.

Pues ¿qué criadas, señor,
se niegan para un embuste?

D. JUAN.

Si dese modo ha de ser,
yo permitillo no puedo.

MOSQUITO.

Si ha de saberse el enredo,
ella, ¿qué puede perder?
Y si éste te escarba aún,
¿hay más de hacer yo el papel
in solidum, sin que en él
entres tú de mancomún?

D. JUAN.

Sin que me des por autor,
hazlo tú.

MOSQUITO.

Pues, caballero,
¿soy yo tan pobre embustero
que he menester fiador?

D. JUAN.

Si lo logras desa suerte,
le darás vida a mi amor.

MOSQUITO.

Pues vete luego, señor,
que conmigo no han de verte
y vienen aquí los dos
con mi señor.

D. JUAN.

Mi sosiego
fío en ti.

MOSQUITO.

Vete luego.

D. JUAN.

Pues adiós.
Vase.

ESCENA II

Salen DON TELLO, DON MENDO y DON DIEGO.

MOSQUITO.

(¡Válgame Dios!

¿Sin importarme, esto noto?

¿Quién en tal bulla me mete?

Mas esto es que un alcahuete
siente mucho ahorcar el voto).

D. TELLO.

Sobrino, esto es atención.

D. DIEGO.

Tío, eso es mucho apretar;

yo me tengo de alabar

en cuanto fuere razón.

D. TELLO.

No puede serlo alabaros

neciamente de galán;

y donde damas están

no es luciros sino ajaros.

D. DIEGO.

¿Esa, señor, se usa aquí?

D. TELLO.

Y en todo el mundo.

D. DIEGO.

Eso no,

que sería mentir yo

si dijera mal de mí.

D. TELLO.

Tampoco os digo eso yo.

D. DIEGO.

Pues si yo tengo buen talle,

¿tengo de echar en la calle

la gala que Dios me dio?

D. TELLO.

¿Perderéis vos lo galán
por no alabaros, modesto?
No os desairéis vos en esto,
que otros os alabarán.

D. DIEGO.

Peor es eso que esotro.

D. TELLO.

¿No es mejor que aplauso os den?

D. DIEGO.

Pues lo que a mí me está bien
¿para qué lo ha de hacer otro?

D. TELLO.

En otro os está mejor.

D. DIEGO.

Y sí callan en mi mengua
¿para qué tengo yo lengua?

MOSQUITO.

Para ir a Roma, señor.

D. DIEGO.

¿Yo a Roma? ¿Por qué accidente?

MOSQUITO.

A absolveros.

D. DIEGO.

Bien, por Dios.
¿Maté yo alguien?

MOSQUITO.

No, que vos
de todo estáis inocente.

D. MENDO.

(Señor, tu atención se apura
y es en vano refrenalle).

D. TELLO.

(Y ignorancia en mí irritalle

por tan ligera locura.
¿Qué importará que él se alabe
de galán para que Inés
desprecie el noble interés
que por su sangre le cabe?
Resístanlo o no sus pechos,
pues conviene a sus recatos,
he de hacer que los contratos
esta noche queden hechos).
Hijos, yo voy a sacar
vuestros despachos. Adiós,
que aquesta noche los dos
os habéis de desposar
porque estiméis a mi amor
lo mismo que él os estima.

D. DIEGO.
Eso estímelo mi prima,
que es a quien le está mejor.

D. TELLO.
Tú, Mosquito, ten cuidado
de acompañarlos.
Vase.

ESCENA III

MOSQUITO.
Sí haré;
yo los acompañaré,
como canten ajustado.

D. DIEGO.
Muy cansado está mi tío.

D. MENDO.
Por viejo está impertinente.

MOSQUITO.
(Aquí entro yo bravamente).
¿No hay más hablar, señor mío?

D. DIEGO.
Mosquito, ¿qué hay?

MOSQUITO.

Que he informado
a la condesa de suerte,
que a instantes espera verte.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Que te he alabado
de modo que me ha pedido
que yo te lleve a su casa.
Pero tú de lo que pasa
no te has de dar por sabido
sino fingir un intento
con que irla a visitar,
que en viéndote, no hay dudar
que se cuaje el casamiento.

D. DIEGO.

Pues cairá.

MOSQUITO.

Eso para nobis.

D. DIEGO.

¡Sólo de oírlo se incita!
Pues ¿qué hará la condesita
en viéndome el coramvobis?

MOSQUITO.

Pues, si tomas mi consejo,
ve luego.

D. DIEGO.

Eso quiero hacer.
Mas antes he de volver
a repasarme al espejo.
Espérame aquí.

D. MENDO.

Mirad
que están mis primas aquí.

D. DIEGO.

¿Me han visto?

D. MENDO.
Pienso que sí.

D. DIEGO.
No importa, con brevedad
dellas me despediré.
Espérame tú allá fuera.

MOSQUITO.
Pues dispónlo de manera
que vamos luego.

D. DIEGO.
Sí haré.

MOSQUITO.
(Voy a avisar a Beatriz
por que se ponga en adobo,
que ha de tragar este bobo
la condesa fregatriz).
Vase.

ESCENA IV

Salen LEONOR y INÉS.

D.^a LEONOR.
Aquí está don Diego, hermana. (Al paño.)

D.^a INÉS.
Pues yo me quiero volver,
que así le doy a entender
lo que ha de saber mañana. (Ocúltase.)

D. MENDO.
Nunca el sol tarde salió
a quien con su luz da vida.

D.^a LEONOR.
A vuestra fe agradecida,
por mí antes saliera yo.

D. MENDO.
Con vuestra gracia, mi amor,

de méritos tan desnudo,
sólo mereceros pudo
tan venturoso favor.

D.^a LEONOR.

Supuesto, don Mendo, el trato
de mi padre, a vuestro amor
debe mi agrado el favor
que permite mi recato.

D. DIEGO.

Si eso a vos, señora, os mueve,
¿mi prima quiere enojarme?
¿Por qué no viene a pagarme
los favores que me debe?

D.^a LEONOR.

Está indispuesta.

D. DIEGO.

¿De qué?

D.^a LEONOR.

Saliendo aquí, de repente
le dio agora un accidente.

D. DIEGO.

¡Miren si lo adiviné!
Dila por el corazón;
y es preciso que esto sea,
y de otra vez que me vea
ha de pedir confesión.

D. MENDO.

¿Y de eso no te lastimas?

D. DIEGO.

Pues ¿tengo la culpa yo?

D. MENDO.

Pues ¿quién lo hace, si vos no?

D. DIEGO.

Mi talle, que es mata-primas.

D. MENDO.

(¡Que en este error tan cerrada
esté su imaginación!)

D. DIEGO.

Digo, ¿el mal de corazón
la dejó muy apretada?

D.^a LEONOR.

No ha tenido ella ese mal.

D. DIEGO.

Pues ¿qué mal ha padecido?

D.^a LEONOR.

No estar buena.

D. DIEGO.

¿Y eso ha sido
causa de retiro tal?

D.^a LEONOR.

Pues ¿no es bastante el tener
alguna indisposición?

D. DIEGO.

¿Cómo es eso? Con la unción
había de venirme a ver.

D.^a LEONOR.

A tan necia grosería
y delirio tan extraño
castigaré el desengaño
que recataros quería;
y agora os haré saber
que mi hermana está muy buena,
y por no darse esa pena
no os quiere salir a ver.
Y aquí, para entre los dos,
dejad empresa tan vana,
porque es cierto que mi hermana
no se ha de casar con vos.

D. DIEGO.

(¡Miren el diablo, la gana
por donde brota el humor!)

D. MENDO.
(¿Qué dices?)

D. DIEGO.
(Que la Leonor
tiene celos de su hermana).
Y aqueso de «entre los dos»
¿es cierto?

D.^a LEONOR.
Esperadlo a ver.

D. DIEGO.
Digo, y ¿es eso querer
tratar de pescarme vos?

D.^a LEONOR.
El que de necio la pierde,
no ofende la estimación.

D. DIEGO.
(¿No lo escucháis? Celos son,
con su puntica de verde).

D. MENDO.
Si hacéis favor del desdén,
bien descansado vivís.

D. DIEGO.
Pues si vos lo consentís,
yo lo consiento también.

D.^a LEONOR.
Señor don Diego, si fuera
sin mi padre vuestro intento,
por risa y divertimento
la ignorancia os permitiera;
porque no puede haber cosa
que más pueda deleitar
que veros disparatar
en vanidad tan graciosa.
Pero, no pudiendo hacer
por él desprecio de vos,
por mi hermana o por las dos,
pues nos llegáis a ofender,
os advierto que en secreto

desistáis la pretensión
o llegaréis a ocasión
de ajaros más el respeto.

D. DIEGO.

¿Pensáis doblarme? Pues no,
que eso, por lo que sentís,
vos sola me lo decís.

Sale DOÑA INÉS.

D.^a INÉS.

No lo digo sino yo.

D. DIEGO.

Oigan el demonio: estotra
lo ha estado oyendo, a la cuenta,
y sale también celosa.
Si se arañan es gran fiesta.

D.^a INÉS.

Señor don Diego, si el lustre
de la sangre que os alienta
a su misma obligación
se sabe pagar la deuda,
ninguna puede ser más
que la que agora os empeña,
pues una mujer se vale
de vuestro amparo en su pena.
La dificultad está
para que más os suspenda,
en que, siendo contra vos,
os pido a vos la defensa.
Mas cuanto puedo deberos
os pago en querer atenta
que, si habéis de ser vencido,
vuestro el vencimiento sea.
Mi padre, señor don Diego,
a cuya voz tan sujeta
vivo, que por voluntad
tiene el alma mi obediencia,
trató la unión de los dos
tan sin darme parte della
que de vos y del intento
al veros tuve dos nuevas.
Casarme sin mí es injusto;

mas dejo aparte esta queja
porque al blasón de obediente
tiene algún viso de opuesta.
La aversión o simpatía
con que se apartan o acercan
las almas, pende en el cielo
e influjo de sus estrellas.
Esta es más o menos grave,
según es más la violencia
de los astros que la influyen
o la sangre en que se engendra;
de donde la inclinación
no puede ser acción nuestra,
pues sin albedrío un alma
o se inclina o se desdeña.
Siendo así, cuando yo os diga
que mi inclinación no es vuestra,
no os ofendo en la razón
aunque en el gusto os ofenda.
Esto supuesto, señor,
no sólo eso el alma os niega,
mas a mi pecho y mis ojos
hace horror vuestra presencia.
Desde el instante que os vi
discurrió un hielo en mis venas,
a que no halla el alma amparo
más que el que de vos intenta.
Y advertid que ya os declaro
mi aversión con tal llaneza
porque antes he prevenido
que la inclinación no es nuestra;
y estoy a vuestro decoro
y a vuestro amor tan atenta
que os di primero el escudo
por no ofender con la flecha.
Casarme con vos, don Diego,
si queréis, ha de ser fuerza;
pero sabed que mi mano,
si os la doy, ha de ser muerta.
De caballero y de amante
faltáis, don Diego, a la deuda
si, sabiendo mi despecho,
vuestra mano me atropella.
De caballero porque,
por gusto o por conveniencia,
no hacéis precio de la vida

de una mujer sin defensa;
de amante, porque en tal caso
corre el cariño perezas,
y aquí sin mi voluntad,
queda agraviada la vuestra.
Vencer mi aborrecimiento
o mi desdén, si lo fuera,
con porfías y festejos,
fuera garbosa fineza;
pero valeros de un medio
donde no está la violencia
de parte de vuestro amor
sino de quien me sujeta,
y arrastrarme sin vencerme,
es acción tan descompuesta
que aja la galantería,
el amor y la nobleza.
Luego en dejarme, aunque ahora
mi sentimiento os lo ruega,
más garbo en vos que en mi alivio
vuestro decoro interesa.
Pero aunque destas razones
pudiera bastar cualquiera,
no quiero yo que esta acción
hagáis por ninguna destas,
sino porque yo os lo pido,
que pues la acción es la mesma,
no os quiero yo malograr
el mejor fin que hay en ella.
Vos, don Diego, habéis de hacer
a mi padre resistencia,
y escoged vos en la causa
la razón que más convenga.
Aborrecedme, injuriadme,
que yo os doy toda licencia
para tratar mi hermosura
desde desgraciada a necia.
Despreciadme vos a mí,
que yo os doy palabra cierta
de tenéroslo por bien,
aunque sepa que es de veras.
Esto os pido, y el secreto
que requiere acción como ésta;
pues por último remedio
a vos mi dolor apela.
Haced cuenta que una dama

a vencer otro os empeña,
que es lance que no le puede
excusar vuestra nobleza.
Teneos vos, para vencederos,
por otro en la competencia,
y lograd, de vos mandado
a vos vencido, la empresa.
Que si por el gran contrario
más la vitoria se precia,
vos no podéis escoger
enemigo de más prendas.
Sabed, don Diego, una acción
que es por entrambos bien hecha:
por mí, porque yo os lo pido;
por vos, porque en vos es deuda.
Y advertid que yo a mi padre,
por la ley de mi obediencia,
para cualquiera precepto
el «sí» ha de ser mi respuesta.
Si vos no lo repugnáis,
yo no he de hacer resistencia,
y si deseáis mi mano,
desde luego será vuestra;
pero mirad que os casáis
con quien, cuando la violentan,
sólo se casa con vos
por no tener resistencia.
Y ahora vuestra hidalguía
o el capricho o la fineza,
corte por donde quisiere,
que, cuando pare en violencia,
muriendo yo, acaba todo
pero no vuestra indecencia,
pues donde acaba mi vida
vuestro desdoro comienza.

D. DIEGO.

(¿Pudo el diablo haber pensado
más graciosísima arenga
para disfrazar los celos,
y está dellos que revienta?)
Señora, todo ese enojo
nace, con vuestra licencia,
de celos que os da Leonor.
Si teméis que yo os ofenda,
os engañáis, ¡juro a Dios!

que por vida de mi abuela
y ansí Dios me deje ver
con fruto unas viñas nuevas
que plantó mi padre en Burgos,
que es lo mejor de mi hacienda,
como yo nunca la he dicho
de amor palabra, ni media,
que ella es la que a mí me quiere,
y si no, dígallo ella.

D. MENDO.

Tener no puedo la risa
de tan graciosa respuesta.

D.^a LEONOR.

Hermana, este hombre no tiene
sentido y en vano intentas
que se reduzga a razón.

D.^a INÉS.

Sean celos o no sean,
señor don Diego, yo os pido,
porque una dama os lo ruega,
que aquí me deis la palabra
de hacer por mí esta fineza.

D. DIEGO.

(No haré yo tal hasta ver
cómo pinta la condesa).
Señora, eso es una cosa
que es para dormir sobre ella.
Yo me veré bien en ello
para daros la respuesta,
que aquí tengo yo un agente
que es quien mejor me aconseja.

D.^a INÉS.

Pues ¿qué hay que pensar en esto
para que nadie os advierta?

D. DIEGO.

Pues ¿no queréis que me informe
si puedo hacerlo en conciencia?

D.^a LEONOR.

¡Hay más raro desatino!

D. DIEGO.

Eso es porque vos quisierais
que respondiera que sí
para verme libre della
y echarme luego la garra.

D.^a INÉS.

Ya vuestra locura necia
pasa el término de loca,
y a mí que hacer no me queda
más que volver a advertiros
que cuanto os he dicho atenta
os lo repito ofendida;
y si tras esta advertencia
os queréis casar conmigo,
aunque mi sangre os alienta,
sois hombre indigno de honor.
Pensad o no la respuesta.
Vase.

D. DIEGO.

¿Qué llama indigno? Escuchad.

D.^a LEONOR.

Eso, don Diego, es perderla
de muchas veces. Haced
lo que Inés os aconseja,
o en mayor desaire vuestro
parará su resistencia.
Vase.

ESCENA V

D. DIEGO.

¿Desaire?

D. MENDO.

Tened, don Diego,
un hombre noble ¿qué espera
oyendo este desengaño?

D. DIEGO.

Hombre, ¿no ves que te quemas,
y Leonor, porque me adora,

es quien causa esta revuelta?

D. MENDO.

(¡Vive Dios, que es imposible
sacarle de la cabeza
esta aprensión!) Pues, don Diego,
¿en qué conocéis que tenga
fundamento ese cariño?

D. DIEGO.

¿Hay más graciosa simpleza?
Bueno sois para marido
si no entendéis esta lengua.
Pues ¿no veis que hablan los ojos
y la Leonor está muerta?
Si no es que vos, por casaros,
no miráis delicadezas.

D. MENDO.

¡Vive Dios!, que a no saber
que habla la ignorancia vuestra
más que la malicia en vos,
Desta sala no salierais
sin ser el último aliento
necedad tan desatenta.
Pero, pues es incurable
vuestra locura, ella mesma
de tanta desatención
la que os dé el castigo sea.
Vase.

ESCENA VI

D. DIEGO.

¿Hay tonto como mi primo?
Pero a mí, allá se lo avenga.
Yo me voy a ver si puedo
derribar esta condesa,
y si no saliera cosa,
fijas las dos primas quedan.
Yo escogeré entre las dos
y cuando todas me quieran,
a más moros, más ganancia,
que el turco tiene trescientas.
Vase.

ESCENA VII

Salen BEATRIZ, de condesa viuda, MOSQUITO y una CRIADA.

BEATRIZ.

¿Qué me dices, Mosquito, vengo buena?

MOSQUITO.

Beatricilla, estás hecha una azucena.

BEATRIZ.

De condesa viuda tengo aseo.

MOSQUITO.

Puedes ser la viuda de Siqueo.

CRIADA.

Y no tema que en nadie duda deje.

MOSQUITO.

¿Qué llama duda? La creará un hereje.

CRIADA.

Eso importa ocultallo a los criados
y sólo los que estamos avisados
lo habemos de saber.

MOSQUITO.

Claro está eso.

Beatricilla, cairá como con queso.

BEATRIZ.

Y ¿dónde está?

MOSQUITO.

A la puerta le he dejado
y, fingiendo yo entrar con el recado,
subí a ver si ya estabas prevenida,
y me ha admirado el verte ya vestida,
que apenas ha un instante
que desde casa te envié delante.

BEATRIZ.

Rabio yo por lograr tan buenos ratos.

MOSQUITO.

Seis veces se ha limpiado los zapatos.

BEATRIZ.

Llámale, pues, que muero por hablallo.

MOSQUITO.

Mira, Beatriz, si quieres acertallo,
cuanto hablares sea oscuro y confuso.
Habla crítico agora, aunque no es uso,
porque si tú el lenguaje le revesas,
pensará que es estilo de condesas:
que los tontos que traen imaginado
un gran sujeto, en viéndole ajustado
a hablar claro, aunque sea con conceto,
al instante le pierden el respeto;
y en viendo que habla voces desusadas,
cosas ocultas, trazas intrincadas,
para dar a entender que lo comprenden,
le dicen que es gran cosa y no la entienden.
Conque si le hablas culto, prevenida,
te tendrá por condesa, y entendida.

BEATRIZ.

Pero si él me pregunta algo corriente,
forzoso es responderle vulgarmente.

MOSQUITO.

De ningún modo, que ese no es su paso.

BEATRIZ.

Y si él pregunta «¿Cómo estáis?», acaso,
¿qué le he de responder?

MOSQUITO.

En garatusa:
«Libidinosa, crédula y obtusa».

BEATRIZ.

Pues ¿qué ha de entender él, si eso no es nada?

MOSQUITO.

Acaso entenderá que estás preñada.

BEATRIZ.

Déjame a mí, que yo sabré hablar culto
cuando importe, que no ha de ser a bulto.

MOSQUITO.

Pues él viene hacia acá, voy a sacalle,
que aquí don Juan también ha de escuchalle.

ESCENA VIII

Sale DON DIEGO.

D. DIEGO.

(Mosquito, ¿está aquí?)

MOSQUITO.

(¿No ves
que es la que está en esta pieza?)

D. DIEGO.

(¿Es ésta? ¡Rara belleza
descubre por el envés!)

BEATRIZ.

¿Quién anda en los corredores?
Míralo, Isabel.

D. DIEGO.

(Ya ha hablado.
Hasta el tono es delicado;
en fin, manjar de señores).

CRIADA.

¿Quién es?

D. DIEGO.

Respóndele apriesa.

MOSQUITO.

Diga usted cómo don Diego,
mi señor, quisiera luego
ver a mi sa la condesa.

CRIADA.

Ya la tenéis avisada.

Entre.
Sale.

D. DIEGO.
El norte lo asegura.

CRIADA.
(¡Jesús, qué extraña figura!)

D. DIEGO.
(Ya ha caído la criada,
Mosquito, ¿ves lo que pasa?
Todo caerá).

MOSQUITO.
(Aqueso es llano;
mas, señor, vete a la mano,
no caiga también la casa).

D. DIEGO.
El cielo guarde esa aurora.

BEATRIZ.
La vuestra sea bien venida.

D. DIEGO.
(No he visto en toda mi vida
mejor bulto de señora).

BEATRIZ.
¿Qué intento os lleva neutral
a mis coturnos cortés?

D. DIEGO.
(¡Jesús, cuál habla! Esto es
estilo de sangre real).
Señora, bueno he venido.

MOSQUITO.
(Qué quieres te preguntó).

D. DIEGO.
(Estar bueno quiero yo;
luego bien he respondido).

BEATRIZ.

(De risa me estoy cayendo
y disimular no sé).

D. DIEGO.

(También me parece que
va la condesa cayendo).

BEATRIZ.

En fin ¿venís rutilante
a mi esplendor fugitivo,
para ver si yo os esquivo
a mi consorcio anhelante?

D. DIEGO.

(¿No ves, Mosquito, al hablarme,
con qué gracia me enamora?)

MOSQUITO.

(Pues ¿qué es lo que dijo agora?)

D. DIEGO.

(Todo aquesto es alabarme).
Si yo aquí os he parecido
como vos significáis,
cierto que no lo arriesgáis
porque soy agradecido.

BEATRIZ.

Explicaos de una vez.

D. DIEGO.

Hablaros de espacio intento.

BEATRIZ.

Pues apropincuad asiento.

D. DIEGO.

(Mosquito, ya pica el pez).

MOSQUITO.

(Ya yo le he visto tragar).

D. DIEGO.

(Yo soy cebo de mujeres).

MOSQUITO.

(Ahora digo que tú eres
linda caña de pescar).

D. DIEGO.
(Hablarla importa con frases
de un estilo levantado).

MOSQUITO.
(Sí, que el estilo acostado
es para cuando te cases).

D. DIEGO.
Vuestra fama sonora,
con curso, no de estudiante,
sino de trompa volante...
(¡Bravo pedazo de prosa!)

MOSQUITO.
(Bueno va; adelante pasa).

D. DIEGO.
Desde Burgos me ha traído
a daros en mí un marido
que sea honor de vuestra casa.

BEATRIZ.
Súbito, no meditado,
vuestro pretexto colijo.

MOSQUITO.
(¿Qué es lo que agora te dijo?)

D. DIEGO.
(Que lo aceta de contado.
Della desde hoy no me aparto).

MOSQUITO.
(Pues ¿no te lo dije yo?)

D. DIEGO.
(Luego vi que el pez picó).

MOSQUITO.
(¿Qué hará en viendo que es lagarto?)

BEATRIZ.

Algo de bobería en vos
presumo en cándido pecho.

D. DIEGO.

(¡Jesús, qué favor me ha hecho!
Buena pascua te dé Dios).

MOSQUITO.

(De risa el tonto me apura).
(Prosigue, que ya está tierna).

D. DIEGO.

(Ahora me alabó la pierna).
Pues si vierais mi cintura
por dentro, os admirara
su medida tamañita,
porque a mí el sastre me quita
dos dedos de media vara.

MOSQUITO.

En eso no hay que dudar.

D. DIEGO.

Y aun me la achica después.

MOSQUITO.

Mas la media vara es
de vara de torear.

D. DIEGO.

Eso, en torear, no hay hombre
como yo. Con un jaez
en Burgos salí una vez,
y tembló el toro mi nombre.
Yo me anduve por allí
en la plaza hecho un Medoro
y no osó llegarse el toro
a treinta pasos de mí.

MOSQUITO.

¡Bravas suertes!

D. DIEGO.

Y hasta el fin
ningún rocín me mató.

MOSQUITO.

Pues si a ti no te alcanzó,
seguro estaba el rocín.

D. DIEGO.

Paréceme que un poquito
vos estáis de mí pagada.

BEATRIZ.

Adusta, si no implicada.

D. DIEGO.

(Toma si escampa, Mosquito).

MOSQUITO.

(¡Jesús! A Beatriz aprisa
señas le haré por detrás,
porque si esto dura más
he de reventar de risa.
Hace señas a BEATRIZ.)

BEATRIZ.

Remito, por lo que expreso,
la locución otro día.
Levántase.

D. DIEGO.

¿En efeto seréis mía?

BEATRIZ.

Cogitación habrá en eso.

D. DIEGO.

Ese sí al alma regala.

BEATRIZ.

Pensáislo con juicio agreste.

D. DIEGO.

(¡Mira qué favor aqueste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!)

BEATRIZ.

Adiós.

D. DIEGO.

Hasta nuestras bodas.

CRIADA.
(¡Bravo tonto!)

BEATRIZ.
Ya os entiendo.
Vanse.

ESCENA IX

D. DIEGO.
La mujer se va cayendo,
pero lo mismo hacen todas.

MOSQUITO.
(Lograronse mis cuidados).
¿Qué dices de aquesta empresa?

D. DIEGO.
Que la mujer es condesa
de todos cuatro costados.

MOSQUITO.
(Ahora entra aquí don Juan
para acreditar el caso).
Señor, si esto va a este paso,
tus dos primas ¿qué dirán?

D. DIEGO.
Volaverunt.

MOSQUITO.
Yo querría
que lo sepas recatar.

D. DIEGO.
Ya bien puedes empezar
a llamarme señoría.
Dentro.

D. JUAN.
¡Hola! ¿Mateo? ¿Benito?
¿No hay algún criado aquí?
¿Qué modo es éste?

MOSQUITO.

¡Ay de mí!

D. DIEGO.

¿Qué es esto?

MOSQUITO.

¡Cristo bendito!

Don Juan, eso que no es nada,

primo de aquesta señora,

y celoso.

D. DIEGO.

¿Eso hay agora?

Pues requeriré la espada.

MOSQUITO.

Y ¿qué hemos de hacer con eso?

D. DIEGO.

¡Voto a Dios si me habla en nada,

que a la primer cuchillada

le rebane como queso!

MOSQUITO.

¿Qué, eres valiente?

D. DIEGO.

Los chinos

son enanos para mí.

MOSQUITO.

¡Ay, Madre de Dios, que aquí

se matan como cochinos!

Sale DON JUAN.

D. JUAN.

Siempre en casa ha de haber priesa...

Pero, don Diego, ¿aquí estáis?

Pues ¿qué en la casa buscáis

de mi prima la condesa?

D. DIEGO.

¿Yo?

D. JUAN.
Sí.

D. DIEGO.
No lo puedo creer.
¿A mí?...

D. JUAN.
¿No habéis escuchado?

D. DIEGO.
(¡Vive Dios, que me he turbado
y no sé qué responder!)

D. JUAN.
¿No habláis?

MOSQUITO.
Yo, señor, de un tiro
con mi señor iba al Prado,
y aquí nos hemos topado
por la plaza del Retiro.

D. DIEGO.
(¿Qué haces?)

MOSQUITO.
El diablo lo fragua.
¡De quien me parió reniego!

D. JUAN.
¿Por qué no me habláis, don Diego?

MOSQUITO.
Tiene la boca con agua.

D. JUAN.
¿Qué dices?

MOSQUITO.
Que él iba aprisa,
y se entró aquí.

D. JUAN.
¿A qué se entró?

MOSQUITO.

Yo... cuando... sí... ¿qué sé yo?

Los dos íbamos a misa.

D. JUAN.

¡Villano! ¿Es eso burlar
de mí?

D. DIEGO.

(Ya yo me cobré,

y así lo remediaré).

Don Juan, yo os vengo a buscar.

D. JUAN.

¿Vos a mí?

D. DIEGO.

A solas os quiero.

D. JUAN.

Pues por mí, yo solo estoy.

D. DIEGO.

Pues vete tú.

MOSQUITO.

Ya me voy.

(Clavóse este majadero).

Vase.

ESCENA X

D. JUAN.

Ya estamos solos.

D. DIEGO.

Don Juan,

yo me caso con mi prima,

que, aunque ella no me merezca,

en efeto, ha de ser mía.

Yo, en efeto, como digo,

vengo aquí, porque en mi vida...

(¡Por Dios, que he perdido el hilo
de lo que decir quería!)

D. JUAN.
Proseguid.

D. DIEGO.
Ya voy al caso;
la memoria es quebradiza.
Desde Burgos a Madrid
hay cuarenta leguas chicas...
Pienso que hay más... No, no hay tantas.

D. JUAN.
Pues eso ¿a qué se encamina?

D. DIEGO.
Las leguas ¿no son del caso?

D. JUAN.
Pues el camino ¿a qué tira?

D. DIEGO.
¿Tan poco importa el camino?

D. JUAN.
Pues ¿qué importa?

D. DIEGO.
¿Esto no estriba
en resolución? Pues alto.
Señor mío, yo quería
saber de vos a qué intento
entráis en cas de mi prima.

D. JUAN.
Pues ¿por qué lo preguntáis?

D. DIEGO.
¿Por qué? ¡La duda es muy linda!
Porque he de ser su marido.

D. JUAN.
(¡Vive Dios, que la salida
que ha buscado, aunque el engaño
que yo deseo acredita,
pues lo hace por deslumbrarme,
a un grave empeño me obliga,

que aunque es necio es caballero!)

D. DIEGO.

¿No habláis? ¿Me dais con la misma?
Pues yo esto vengo a saber.

D. JUAN.

La pregunta es tan indigna
que no merece respuesta,
pero si ha de ser precisa,
yo os la daré.

D. DIEGO.

No, tened,
que yo tengo en esta villa
más de cuatrocientas damas
que a mi casamiento aspiran.
Yo os lo digo por si acaso
vuestro amor a Inés se inclina,
que yo alzaré mano della,
porque vuestra bizarría
me ha enamorado y no quiero
que os dé mi boda un mal día.

D. JUAN.

Yo os digo que no os respondo.

D. DIEGO.

Según eso, ¿vuestra mira
no debe ser a Inés,
sino a Leonor?

D. JUAN.

Esa misma
es la pregunta pasada,
que ya tenéis respondida.

D. DIEGO.

¡Ah, cómo os di yo en el alma!
En los ojos se averigua:
Leonor es la que os abrasa.

D. JUAN.

No hagáis vos respuesta mía
la que yo no os quiero dar,
y si el negarlo os irrita,

ya os digo...

D. DIEGO.

No os enojéis,
que aquesto ¡por vida mía!
es querer ser vuestro amigo.

D. JUAN.

Mi voluntad os lo estima;
mas no hablemos más en esto.

D. DIEGO.

Mi duda está concluida.
Quedad con Dios.

D. JUAN.

Él os guarde.

D. DIEGO.

Y entended que en mi caricia
tenéis el lugar de un primo.

D. JUAN.

Deuda es de mí agradecida.

D. DIEGO.

(No es nada el equivoquillo.
Mi ingenio es todo una chispa).
Quedaos, no paséis de aquí.

D. JUAN.

No me excuséis que yo os sirva.

D. DIEGO.

Yo os iré sirviendo a vos.

D. JUAN.

Yo he de lograr esa dicha.

D. DIEGO.

(¡Ah, qué bien que se la pego!)

D. JUAN.

(Ya él me ha creído la prima).
Vanse.

ESCENA XI

Sale MOSQUITO y BEATRIZ de criada, con manto.

MOSQUITO.

Dame cuatro mil abrazos,
ingeniosa Beatricilla,
que has hecho el papel mejor
que pudiera Celestina.

BEATRIZ.

¿Parecía yo condesa?

MOSQUITO.

¿Qué es condesa? Parecías
fregona en paños mayores.

BEATRIZ.

Y si él creyó la postiza,
¿en qué ha de parar el cuento?

MOSQUITO.

Pues eso ¿no lo imaginas?:
en que te cases con él.

BEATRIZ.

¿Yo? ¡Madre de Dios bendita!
Primero fuera beata
de aquestas arrobadizas.

MOSQUITO.

Calla, boba, que don Juan,
que es a quien le va la vida,
lo ha de pagar por entero,
y de la paga la liga
tomarás tú y yo la media.

BEATRIZ.

Eso de la media explica,
porque tiene muchos puntos.

MOSQUITO.

Entremos en casa aprisa,
que aquí en el zaguán estamos
a riesgo de una avenida.

BEATRIZ.

Vamos, no me vea el viejo.

MOSQUITO.

¿Y hemos de entrarnos a frías?

¿No me darás un abrazo?

BEATRIZ.

Y quince.

MOSQUITO.

¿Con eso envidas?

ESCENA XII

Sale DON DIEGO y cógelos abrazados.

D. DIEGO.

(Grande empresa he conseguido, (Al paño.)

y escaparme fue gran dicha).

Pero ¿qué miro?

BEATRIZ.

(¡Ay, Dios mío!

Don Diego, y a letra vista,

nos ha cogido).

MOSQUITO.

¡Jesús!

D. DIEGO.

(O estoy loco o juraría

que es la condesa).

Pegándole a MOSQUITO.

BEATRIZ.

¡Villano!

¿Tú a mí engañarme querías?

¡Viven los cielos, traidor,

que en ti he de vengar mis iras!

MOSQUITO.

(¿Qué haces, mujer del demonio?)

BEATRIZ.

¡Traidor! ¿Tú a engañarme ibas?

¡A una mujer de mi estado
le finges alevosías!

D. DIEGO.

(¡Viven los cielos, que es ella!)

Señora, pues, ¿qué os irrita
este pícaro, que os hallo
en una acción tan indigna
y en tan indecente traje?

BEATRIZ.

Siendo vuestra la malicia,
¿lo dudáis, mal caballero,
que con alevos caricias
engañáis nobles mujeres?
¿Es bien robarme la vida
prometiéndome ser mi esposo,
estando con vuestra prima
para desposaros hoy?

D. DIEGO.

Señora, ¿quién tal mentira
os ha dicho? (¡Vive Dios,
que sabe ya la cartilla!)

MOSQUITO.

(¡Remediólo bravamente!)

BEATRIZ.

Yo lo sé de quien me avisa
de todos vuestros engaños,
y por ver vuestra malicia
con mis ojos he venido,
llena de ansias y fatigas,
disfrazada y sin respeto,
donde he sabido que es fija
la boda para esta noche.

MOSQUITO.

(¡Oh gran Beatriz, fondo en tía!)

D. DIEGO.

(No es nada lo que obra el talle.)

Tome, si purga, la niña.)
Señora, ¡viven los cielos!
que aunque está ya prevenida,
es sin mi consentimiento,
y porque quedéis vencida,
yo haré aquí un remedio breve.

BEATRIZ.
¿Cuál es?

D. DIEGO.
Daros una firma
con tres testigos.

BEATRIZ.
Pues yo,
¿qué he de hacer della, ofendida?

D. DIEGO.
Sacarme por el vicario,
si este tío me da prisa.

MOSQUITO.
Esto es peor, que en mentando
el ruin, es sentencia fija
que ha de cumplirse el refrán.
El viejo viene.

BEATRIZ.
Sería
gran desdicha que me viera
en una acción tan indigna.

D. DIEGO.
¿Os conoce?

BEATRIZ.
No, mas basta
que me vea.

D. DIEGO.
Pues aprisa,
escondeos.

BEATRIZ.
¿Dónde puedo?

D. DIEGO.

Detrás desa puerta misma.

BEATRIZ.

Todo es decente en un riesgo.

Mirad que mi honor peligra
en que ninguno me vea.

Vase.

D. DIEGO.

Si viniera Atabaliba
y Montezuma, no os viera
hasta costarme la vida.

Disimula tú, y finjamos
que bajábamos de arriba.

MOSQUITO.

Pienso que el viejo lo ha visto,
que trae aceda la vista.

ESCENA XIII

Sale DON TELLO.

D. TELLO.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

¿Tío y señor?

D. TELLO.

Es deshecha esa alegría.
¿Paréceos acción decente
que en casa de vuestra prima
habléis con una mujer
tapada la tarde misma
que con ella os desposáis?

D. DIEGO.

¿Yo mujer?

MOSQUITO.

(¡Ay Beatricilla!,
que aquí dio fin el enredo).

D. TELLO.
Negarlo es buena salida,
acabando yo de ver
que está en mi casa escondida.

D. DIEGO.
Mirad, señor, que es engaño.

D. TELLO.
¡Vive Dios!, que si porfía
vuestro desacato, yo
la he de sacar.

D. DIEGO.
Poca prisa;
porque esta casa es vedada,
y está la guarda a la mira.

D. TELLO.
Pues ¿a mí me decís eso?

D. DIEGO.
A vos y a vuestras dos hijas.

D. TELLO.
¿Yo no he de entrar en mi casa?

D. DIEGO.
A eso, ni vos ni mi tía.

D. TELLO.
Villano, ¡viven los cielos!,
que de tan grande osadía
tomaré satisfacción.

D. DIEGO.
Aunque perdiera mil vidas,
no habéis de ver esta dama.
Empuñan las espadas.

D. TELLO.
Pues yo haré que lo permitas.

ESCENA XIV

Sale DOÑA INÉS por la puerta del centro y DON JUAN por otra.

D.^a INÉS.

Padre y señor, ¿vos la espada?

D. JUAN.

Don Tello, aquí está la mía.

D. TELLO.

Para el castigo que intento
sobran armas a mis iras.

D. DIEGO.

(¡Esto es peor, vive el cielo!,
que si don Juan ve a su prima,
no tiene salida el lance).

D. TELLO.

Villano, a esa mujercilla
sacaré yo deste modo.

D. DIEGO.

(Detente, señor, y mira
que esta dama es de don Juan,
con mucho estrecho, y peligra
su honor y mi vida en esto).

D. TELLO.

(¿Quién? ¿Esa dama?)

D. DIEGO.

(Esta misma).

D.^a INÉS.

(¡Ah, traidor! ¿Qué es lo que escucho?
¿Esto encubierto tenías?)

D. TELLO.

(¡Buena la intentaba yo!
Turbado me ha la noticia).
¡Cuerpo de Dios! ¡No dijerais
que aquesa mujer venía
a ampararse a vos de un riesgo!
Llamadla y idos aprisa,

que yo os guardaré la espalda.

ESCENA XV

Saca DON DIEGO a BEATRIZ.

DON TELLO.

Tapaos, señora. Seguidla.

(Primero a Beatriz, luego a don Diego.)

D. DIEGO.

(Señora, venid tras mí).

Perdonad, señora prima,

que yo con quien vengo, vengo.

Vase con ella tapada, y pasan por delante de todos.

MOSQUITO.

(Escapóse Beatricilla;

salto y brinco de contento.

Mas preciso es que la siga,

que librarla deste bobo
es acción no menos fina).

Vase.

ESCENA XVI

D. TELLO.

(Detener yo ahora a don Juan,

porque no pueda seguilla.

será lo más importante).

Don Juan, fuerza es que yo siga

a don Diego por si acaso

en este empeño peligra.

Quedaos vos aquí.

D. JUAN.

Eso fuera

faltar yo a la deuda mía

sabiendo que va con riesgo.

D. TELLO.

Es que para la acción misma

os he menester yo aquí.

D. JUAN.

Siendo así, aquí está mi vida
para arriesgarla por vos.

D. TELLO.

Mi amistad de vos lo fía.
(Hasta que él esté seguro
le guardaré yo esta esquina).
Vase.

ESCENA XVII

D. JUAN.

Inés, señora, a este lance
queda mi fe agradecida,
por hablarte con seguro.

D.^a INÉS.

Si eso a engañarme camina,
ya no lo podrás, ingrato;
pues tu traición conocida,
por no dudarla, me ha puesto
el desengaño a la vista.

D. JUAN.

¿Qué es lo que decís, señora?
¿Yo traición? ¿En qué imaginas
que la tenga una fineza
que no hay luz que la compita?

D.^a INÉS.

Pero hay luz que la descubra,
y a bien poca se averigua;
pues es tal tu desenfado,
que tienes dama tan fina
que, ofendiendo tu decoro,
a un hombre que no ha tres días
que está en Madrid, tus finezas
y su liviandad publica.

D. JUAN.

Señora, ¡viven los cielos!
que, ajeno de esas malicias,
no puedo entender tu queja
ni sé de qué se origina.

D.^a INÉS.

Pues yo, no ajena, don Juan,
de tu traición fementida
y ya más desesperada
negándomelo a la vista,
te lo diré, aunque al decirlo
mayor empeño se siga,
piérdase lo que se pierda,
donde se pierde mi vida:
esa dama que a su amparo
aquí a don Diego le obliga,
tú eres de quien la recata,
y ella de ti se retira;
y pues sabe un forastero
que es tan tuya que peligrá
hallándola tú con otro,
mira si es tu alevosía
tan recatada, que al verla
de mucha luz necesita.
Y sabiendo que la he visto,
sabrás que más en tu vida
no has de ponerte a mis ojos,
que yo, pues la culpa es mía
en dar el alma a un traidor,
pues mi suerte me castiga,
obedeciendo a mi padre,
me vengaré de mí misma.

D. JUAN.

Oye, señora...

D.^a INÉS,

Es en vano.

D. JUAN.

Tente, por Dios.

D.^a INÉS.

Más me irritas.

D. JUAN.

Pues ¿no me oirás?

D INÉS.

¿Qué he de oírte?

D. JUAN.
Que ha sido ilusión.

D.^a INÉS.
Mi dicha.

D. JUAN.
¿Quién te ha dicho esos engaños?

D.^a INÉS.
Don Diego, que lo publica,
y yo que lo vi.

D. JUAN.
¿No sabes
su locura?

D.^a INÉS.
Si porfías,
harás, don Juan, que en mi ofensa,
pase a despecho la ira.
Vase.

D. JUAN.
¡Vive el cielo que este necio
ha de costarme la vida!
Iré a buscarle y a ver
de dónde nace este enigma.

JORNADA TERCERA

ESCENA I

Salen BEATRIZ, tapada, DON DIEGO y MOSQUITO.

BEATRIZ.
Ya será el pasar de aquí
arriesgarme a otro cuidado.

D. DIEGO.
Compañía de ahorcado

no es, señora, para mí.
Yo os he de dejar segura
y sin lesión ¡vive Dios!
y hasta que lo estéis, con vos
he de ir a Dios y a ventura.

BEATRIZ.

(Mosquito, ¿qué hemos de hacer
si él da en este desatino?)

MOSQUITO.

(Aquí no hay otro camino
sino arrancar a correr
para escapar de este lobo).

BEATRIZ.

(¿No le sabrás tú apartar?)

MOSQUITO.

(Nadie se sabe librar
de un bobo, sino otro bobo).

D. DIEGO.

¡Secreto para conmigo!
¿Qué te dice?

MOSQUITO.

Que va agora
la condesa, mi señora,
muy asustada contigo.

D. DIEGO.

Eso es tomallo al revés;
pues ¿no voy a defendella
aunque venga contra ella
el Armada del Inglés?

MOSQUITO.

Es que estáis junto a la entrada
de su casa, y si los dos
llegáis, la verán con vos.

D. DIEGO.

¿Qué importa, si va tapada?

MOSQUITO.

Pues si ven a tu beldad
seguirla, ¿no es cosa expresa
que han de creer que es la condesa?

D. DIEGO.

Eso es la pura verdad,
pero si dejarla intento
cuando de mí se amparó,
y sucede algo, estoy yo
obligado al saneamiento;
y así, es imaginación
que yo haga esa liviandad.

BEATRIZ.

¿No veis que eso es necesidad?

D. DIEGO.

Mas que sea discreción;
vos no os habéis de ir sin mí,
y creed, si esto no os basta,
que he de acompañaros hasta
el postrer maravedí.

BEATRIZ.

Ya que estáis determinado,
venid, pues eso queréis,
y a la puerta no lleguéis.

D. DIEGO.

No he de ir sino hasta el estrado;
no lo excuséis.

MOSQUITO.

(¡Guarda, Pablo!)

BEATRIZ.

¿Vos en mi casa tras mí?
Pues ¿qué peligro hay allí?

D. DIEGO.

¿Qué sé yo lo que hará el diablo?

MOSQUITO.

(Por aquí la he de escapar).
Señor, advierte una cosa:
que esta condesa es golosa

y esto lo hace por entrar
sola en ese confitero
a comprar dulces sin susto.

D. DIEGO.

Tiene lindísimo gusto;
a eso entraré yo el primero.

MOSQUITO.

¿Llevas dinero?

D. DIEGO.

Ni blanca.

MOSQUITO.

Pues ¿a qué has de entrar allá?

D. DIEGO.

Pues ¿qué riesgo en eso habrá?

MOSQUITO.

Donde está tu mano franca
¿has de consentirla que
pague lo que a comprar va?

D. DIEGO.

¿Eso dudas? Claro está
que se lo consentiré.

MOSQUITO.

¿A la condesa?

D. DIEGO.

¿Pues no?
¿Eso quieres que la arguya?
Ni aun a una criada suya
no se lo estorbara yo.

MOSQUITO.

¿Qué dices? Que eso es quedar
en una acción afrentosa.

D. DIEGO.

Hermano, si ella es golosa,
¿téngolo yo de pagar?

MOSQUITO.

(¡Aquesto es cosa perdida!)

BEATRIZ.

¡Ay, desdichada de mí!

Don Juan viene por allí.

MOSQUITO.

¡Su primo, pese a mi vida!

D. DIEGO.

¿Quién?

MOSQUITO.

Don Juan, de par en par.

D. DIEGO.

Pues ahora, ¿qué hemos de hacer?

MOSQUITO.

Irnos, y tú defender

que no nos pueda alcanzar.

D. DIEGO.

Y si no puedo atajalle,

si acaso viene muy fuerte,

¿qué he de hacer?

MOSQUITO.

Dalle la muerte.

D. DIEGO.

¿Dalle la muerte?

MOSQUITO.

O matalle.

D. DIEGO.

¿Y si no trae mal humor

y detenelle por bien

puedo?

MOSQUITO.

Matalle también.

D. DIEGO.

Pues ¡sus! manos a labor.

BEATRIZ.

No permitáis que se acabe
de arriesgar la vida mía.

D. DIEGO.

Váyase vueseñoría,
que ya estoy pensando el cabe.

MOSQUITO.

Detenedle bien.

D. DIEGO.

Sí haré.

MOSQUITO.

Ya podemos escurrir.

BEATRIZ.

Detenedle sin reñir.

D. DIEGO.

Sin reñir le mataré.

MOSQUITO.

(Arranquemos a correr
mientras él queda en arrobo).

BEATRIZ.

(¡Jesús! Harta voy de bobo).

MOSQUITO.

(No es poco para mujer).
Vanse.

ESCENA II

D. DIEGO.

A mucho quedo empeñado
si este hombre en seguirla da.
Pero bien hecho será,
que un primo es medio cuñado.

Sale DON JUAN.

D. JUAN.

En haberme detenido
con tal cuidado don Tello
reconozco que es verdad
lo que les dijo don Diego;
y pues aquí le he alcanzado,
he de averiguar su intento.

D. DIEGO.

(Hombre, mira lo que haces,
que vas andando y muriendo).

D. JUAN.

¿Señor don Diego?

D. DIEGO.

Don Juan,
¿qué queréis?

D. JUAN.

Buscando os vengo.

D. DIEGO.

Como no paséis de aquí,
seré muy servidor vuestro,
mas si pasáis adelante,
¡por las llaves de San Pedro!
que lo habéis de pasar mal.

D. JUAN.

Lo que yo deciros quiero
aquí os lo puedo decir.

D. DIEGO.

De vida sois, según eso.

D. JUAN.

Vos habéis dicho delante
de vuestra prima y don Tello
que aquella mujer tapada,
que agora os iba siguiendo,
la recatabais de mí
por importarme su empeño.
Yo sé que esto es imposible,
porque yo en Madrid no tengo

mujer que pueda importarme
ni por amor ni por deudo;
y siendo así que es fingido,
de vos entender pretendo
para qué fin lo fingisteis.

D. DIEGO.

(Esto es peor, ¡vive el cielo!,
porque si él fuera tras ella
le matara sin remedio,
porque ya lo había pensado;
pero matarle por esto
no lo he pensado, y no es fácil).

D. JUAN.

¿Qué decís?

D. DIEGO.

Ya voy a ello.
Señor don Juan, que yo dije
a mi tío ese embeleco
para escaparme de allí
es verdad, y no lo niego;
que lo que yo una vez digo
ha de estar dicho in aeternum.
Pero eso, ¿a vos qué os importa?

D. JUAN.

Pues, ¿vos, siendo caballero,
lo dudáis? El que se entienda
que dama o parienta tengo
tan liviana que de mí
anda con otros huyendo.

D. DIEGO.

Pues si vos sabéis que es falso,
y os aseguráis en eso,
¿qué importa que yo os lo diga?

D. JUAN.

El que no lo piensen ellos;
que la opinión no es lo que es
sino lo que entiende el pueblo.

D. DIEGO.

Pues, ¿mi tío es pueblo acaso?

D. JUAN.
Es parte dél, que es lo mesmo.

D. DIEGO.
Don Juan, esto no os importa
más de que no tenga celos
Leonor de lo que yo dije,
como es vuestro galanteo.
Remediado esto, ¿habrá más?

D. JUAN.
Yo no os pido nada de eso.

D. DIEGO.
Pues veis aquí que lo dije,
que es la verdad; ¿qué remedio?

D. JUAN.
Que vos habéis de decir
a todos los que lo oyeron
el intento que tuvisteis,
y que yo os obligo a ello.

D. DIEGO.
No es nada la añadidura;
¿desdecirme yo? Eso es bueno.
Antes me volviera moro.

D. JUAN.
Pues aquí no hay otro medio.

D. DIEGO.
Pues más que nunca le haya.
¡Bien quedaba yo con eso
para ir a la plaza en Burgos
a hablar con los caballeros,
que el toro de las dos madres
no hiciera más ruido entre ellos!

D. JUAN.
Pues ¿cómo habéis de excusallo?

D. DIEGO.
¿Cómo? ¡Por Dios, que me huelgo!
¿Usted me tiene por rana,

con dos manos y diez dedos
y cinco palmos de espada
y libra y media de acero?

D. JUAN.

Pues aguardad, y veamos
si es más posible otro medio:
¿esa mujer os importa?

D. DIEGO.

Y mucho; y a no ser eso,
si ella no me importa, a ella
le importo yo, que es lo mesmo,
porque me quiere que rabia.

D. JUAN.

Pues si vos sabéis que es cierto
que ella no me importa a mí,
Dadle a entender a don Tello,
con acaso o con industria,
quién es, para que con esto
se sepa que no es mujer
con quien dependencia tengo.

D. DIEGO.

(¡Por Dios, que la hacíamos buena!
Que me pida el majadero
que yo publique a su prima!
¡Válgame el diablo el empeño!
Yo no sé cómo él lo oyó,
porque lo dije bien quedo).

D. JUAN.

¿Os parece esto mejor?

D. DIEGO.

¿Vos tenéis entendimiento?
¿Yo manifestar la dama?
No se pide eso a un gallego.

D. JUAN.

Pues, don Diego, aquí no hay modo
de excusarse nuestro duelo
porque yo no he de apartarme
de vos sin ir satisfecho

D. DIEGO.

Pues veníos a mi lado,
que yo os doy licencia de eso,
(como durmamos aparte).

D. JUAN.

Pero esto ha de ser riñendo.

D. DIEGO.

(¡Mas matalla! Vive Dios
que si reñimos por esto,
se ha de enojar la condesa;
porque es fuerza el empeño
de librarla de su primo,
y si le mato, la pierdo.
Pues matalle si reñimos,
ya pienso que lo estoy viendo,
que al primer «uñas abajo»
se me resbala, y laus Deo).

D. JUAN.

Don Diego, si esto ha de ser,
ya es en vano perder tiempo.

D. DIEGO.

¿En fin, hemos de reñir?

D. JUAN.

No tiene el lance otro medio,
y si ha de ser...

D. DIEGO.

Aguardad.

D. JUAN.

Pues, ¿qué queréis?

D. DIEGO.

Que primero
protesto que soy forzado,
porque importa para el cuento.

D. JUAN.

Eso a mí nada me importa.

D. DIEGO.

¡Válame Dios! Yo me entiendo.

D. JUAN.
Sacad, don Diego, la espada.

D. DIEGO.
Comenzad diciendo el Credo
y abreviadle.

D. JUAN.
¿Para qué?

D. DIEGO.
Por no daros hasta el tiempo
de la vida perdurable.

D. JUAN.
Eso agora lo veremos.

ESCENA III

Sale DON MENDO.

D. MENDO.
¿Qué es esto, primo? ¿Don Juan?

D. JUAN.
Los dos tenemos un duelo
que nos obliga a reñir
y vos, como caballero,
no nos lo habéis de estorbar.

D. MENDO.
Si es justo, yo lo prometo.

D. JUAN.
Es justo, y él lo dirá.

D. DIEGO.
No es sino injusto y muy necio.
(Yo me he de escapar del lance,
enredando en él a Mendo).
Primo, don Juan galantea,
como lo muestra su intento,
a nuestra prima Leonor.

Yo, por salir sin empeño
con una mujer de casa,
queriéndola ver mi suegro,
que era cosas de don Juan
dije a mi tío en secreto,
llegando él a esta ocasión,
por salir della sin riesgo.
Desto resulta sin duda
que Leonor dél tenga celos,
y él, para satisfacerla,
que esto no puede ser menos,
quiere que yo me desdiga;
yo le digo que no puedo.
Sobre esto hemos de reñir;
venistes vos a este tiempo,
y no he de reñir yo agora,
porque no es igual el riesgo,
que un primo al lado es ventaja,
como lo dice el proverbio.
Esto supuesto, don Juan,
buscadme vos cuerpo a cuerpo,
que solo yo os reñiré
cuanto fuere gusto vuestro,
menos lo que fuere justo.
Adiós, primo.
Vase.

ESCENA IV

D. JUAN.
Oíd, don Diego.

D. MENDO.
Esperad, señor don Juan,
que ya con mi primo el duelo
no tenéis sino conmigo,
y aquello es después de aquesto.

D. JUAN.
¿Por qué?

D. MENDO.
Porque habiendo causa
de reñir en dos empeños,
de ser llamado a llamar,

el ser llamado es primero.

D. JUAN.

Pues vos ¿por qué me llamáis?

D. MENDO.

Porque yo a casarme vengo
con doña Leonor, mi prima,
siendo vos testigo dello,
y habiéndoos hecho mi amigo,
galantearla en secreto
es traición, y vos debierais,
a ley de buen caballero,
decírmelo llanamente
antes que yo hubiera hecho
empeño en la voluntad,
que entonces estaba a tiempo
de ver lo bien que me estaba
sin el dolor de los celos.
Y pues esta queja es justa,
salgamos al campo luego,
que allí de esta sinrazón
me satisfará mi acero.

D. JUAN.

Si la queja que tenéis
por lo que dijo don Diego,
antes de llamarme al campo
me la hubiérades propuesto,
yo os dejara aquí sin ella.
Mas ya llamado al empeño,
no os quiero satisfacer,
aunque era razón y puedo,
porque después de reñir
quiero que vos, satisfecho,
sepáis que, por no excusarlo,
no os satisfice, pudiendo.

D. MENDO.

Si eso es así, yo os lo pido.

D. JUAN.

Ya os respondo que no puedo.

D. MENDO.

Pues vamos a la campaña.

ESCENA V

Sale DON TELLO.

D. TELLO.

Tened, ¿dónde vais, don Mendo?

D. MENDO.

Señor, yo a don Juan al campo
a divertirnos le ruego
que vamos, y este favor
recibo dél.

D. JUAN.

Yo os lo debo,
por serviros. A esto vamos,
si dais licencia, don Tello.

D. TELLO.

Yo a don Mendo he menester,
y de tal divertimento
siento estorbaros el gusto.
(En lo que oí y lo que veo
en sus semblantes, conozco
que iban los dos a algún duelo,
y habiéndomelo negado,
averiguarlo no puedo.
Esto sin duda resulta
de aquel lance de don Diego,
que no le he podido hallar
para saber el empeño.
Estorbarlo aquí es forzoso,
hasta ver el fundamento).
Don Mendo, veníos conmigo.

D. MENDO.

Voy, señor, a obedeceros.
(Forzoso es disimular,
por mi tío, nuestro intento).

D. JUAN.

(Sois atento, yo os lo estimo,
mas ya faltaros no puedo).

D. MENDO.
(Yo en pudiendo os buscaré).

D. JUAN.
(Forzosamente soy vuestro).

D. TELLO.
¿Qué es lo que decís, don Juan?

D. JUAN.
Me despido de don Mendo.

D. TELLO.
No os despedáis, que también
a vos os pido lo mismo.

D. JUAN.
Iré gustoso a serviros.

D. TELLO.
(Ansí asegurarlo quiero).
Venid conmigo.

D. JUAN.
Ya vamos

D. MENDO.
(Lo dicho, dicho).

D. JUAN.
(Eso ofrezco).
Vanse.

ESCENA VI

Sale DOÑA INÉS y LEONOR.

D.^a INÉS.
Esto pasa, Leonor: don Juan, ingrato,
me pagó con tal trato
la fe que me debía.

D.^a LEONOR.
Y ¿sabes tú si la verdad sería
lo que dijo don Diego?

D.^a INÉS.

Mira tú si es verdad, pues se fue luego,
y en su traición vencido,
aun no me ha vuelto a ver.

D.^a LEONOR.

Eso habrá sido
porque te vio irritar de su porfía,
y tú que no te vea le has mandado.

D.^a INÉS.

¿Y por eso no ha vuelto, Leonor mía?
O no sabe de amor o está culpado:
que en celos que despiden al amante
nunca habla el corazón sino el semblante.
El pecho más furioso y enojado,
de celos asaltado,
cuando de oír satisfacción se excusa,
no la despide porque la rehúsa,
sino la esfuerza, y cuando la revoca
por oírla mayor, no quiere poca;
que la mujer de celos más herida
que a su amante despida,
cuando él vuelve y rendido se le ofrece,
aun la satisfacción tibia agradece;
porque, cuando es de poco fundamento,
no agrada la razón, sino el intento.
Yo, Leonor, por mi daño
he visto cara a cara el desengaño,
y pues yo de mi culpa soy testigo,
le lograré aunque sea en mi castigo.
Yo a mi padre no tengo resistencia,
mi decoro es la ley de mi obediencia.
A esta atención, aun dél correspondida,
por no faltar perdiera yo la vida,
pues ya que dél estoy tan agraviada,
con mi muerte he de verme castigada:
hoy a don Diego le daré la mano.
Si tarde he de morir, alivio gano,
pues sólo de esta suerte
puedo abreviar los plazos a mi muerte.

D.^a LEONOR.

Pues caso que don Juan te haya faltado,
casarte con un hombre tan privado

de razón y de gusto ¿es buen remedio?

D.^a INÉS.

Para morir más presto, ese es el medio.

D.^a LEONOR.

Don Juan viene aquí dentro.

D.^a INÉS.

Pues, hermana,
yo sé de amor la condición tirana,
y aunque en mi mismo honor haga el estrago,
lo atropellaré todo por su halago.
Si le veo, aunque sea desatento,
no me he de resolver a lo que intento.
Tú mi resolución le manifiesta,
que yo a esperarte voy con la respuesta.

D.^a LEONOR.

Pues ¿eso intenta tu rigor? ¿No advierte
que él sin duda vendrá a satisfacerte?

D.^a INÉS.

De eso quiero excusarme,
porque más creo que vendrá a engañarme.

D.^a LEONOR.

Pues hasta verlo, espéralo siquiera.

D.^a INÉS.

¿Qué le faltaba a Amor si ver pudiera?

D.^a LEONOR.

En fin, ¿no le has de ver?

D.^a INÉS.

Eso pretendo.

D.^a LEONOR.

Pues yo se lo diré.

D.^a INÉS.

(De él voy huyendo;
pero ¿qué les importa a mis enojos
si dejo el corazón con huir los ojos?
Pero si vuelvo, ¡por quién soy!, no miro

qué perezosamente me retiro.
Mucho rigor es este que resuelvo.
De aquí le oiré, que ni me voy ni vuelvo.)

ESCENA VII

Sale DON JUAN.

D. JUAN.
Llegando don Tello a casa
nos mandó en ella esperarle,
y fue a buscar a don Diego;
sin duda presume el lance.
Si entretanto hablar pudiese
a Inés, fuera alivio grande
de la pena en que me tiene.

D.^a LEONOR.
Señor don Juan, Dios os guarde.

D. JUAN.
¡Hermosa Leonor!

D.^a LEONOR.
Mi hermana,
viéndoos pasar delante,
al entrar por esta sala,
se retiró; perdonadme
que os diga que por no hablaros,
que no puedo yo quitarle
a esta noticia forzosa
lo que tiene de desaire.
De dárosla me excusara;
mas me ha obligado a que os hable
por ella, y entre ella y vos
es fuerza que a vos os falte.
Mi hermana, señor don Juan,
(no sé si quejas lo causen
o la precisa obediencia
del precepto de mi padre,
-uno u otro o esto solo,
que aunque nazca de ambas partes,
es sin duda que esta ley
será lo que más la arrastre-),
hoy se casa con mi primo,

y desto el retiro nace,
que no fuera justo hablaros
estando en este dictamen
con esta resolución.

D. JUAN.

No paséis más adelante,
señora, si no intentáis
que el corazón me traspasen
las flechas que mi desdicha
de mis finezas le hace.
Si eso nace de su queja,
la luz del cielo me falte
o la de sus ojos bellos,
que es otra, por más suave,
si he dado causa a su enojo,
y piérdala yo esta tarde
si en mí de otro pensamiento,
aun lo que no es culpa cabe.
Si su primo me ha culpado,
malicioso o ignorante,
cualquier engaño es delito
si no se espera el examen.
Condenar sin causa a un reo
es rigor y, ya que pase,
no otorgarle apelación
es gana de condenarle.
Y si es tan severa ley
el precepto de su padre,
máteme su ejecución,
mas ella no lo adelante.
Muera yo a no poder más,
porque mi estrella me ultraje;
mas no ella, que no es todo uno
que ella o mi estrella me maten.

D.^a INÉS.

(¡Bien huía yo de oírle! (Al paño).
¡Oh, amor tirano, cobarde,
a la ofensa tan ligero
como al rendimiento fácil!)

D.^a LEONOR.

Don Juan, a vuestras razones,
aunque muevan mis piedades,
no puedo yo responderlas,

que, aun por consuelo, es en balde.
Esto me mandó deciros
mi hermana, y agora darle
esa respuesta por vos
es cuanto está de mi parte.
A esto voy. ¡Guárdeos el cielo!

D. JUAN.
¿Podré esperar?

D.^a LEONOR.
No se agravie
vuestro amor si no saliere,
que si no es que ella lo mande,
yo no tengo a qué volver.
Adiós.

D. JUAN.
Leonor, escúchame.

ESCENA VIII

Sale DON MENDO al paño, oyendo el postrer verso, y se queda a la puerta.

D. MENDO.
(¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?)

D.^a LEONOR.
¿Qué dices?

D. JUAN.
Pues son crueldades,
que las templéis os suplico.

D.^a LEONOR.
Cuanto está aquí de mi parte,
ya lo sabes, eso haré.

D. JUAN.
En fin, ¿no decís que aguarde?

D.^a LEONOR.
No está en mi mano, don Juan:
esto es fuerza, perdonadme.
Vase.

ESCENA IX

D. JUAN.

Pues yo, antes que su rigor,
iré a que mi amor me mate.

Sale DON MENDO.

D. MENDO.

Para eso está aquí mi espada,
cuando ese despecho os falte.

D.^a INÉS.

(¡Cielos, don Mendo ha venido (Al paño.)
y salir no puedo a hablalle!)

D. JUAN.

¿Qué es lo que decís, don Mendo?

D. MENDO.

Que ya en mi enojo no caben
más dilaciones, don Juan,
cuando, después de avisarme
que amáis a Leonor, don Diego,
de esa culpa hallo este alarde.
Salgamos, don Juan, al campo,
que ya, aunque pudierais darme
satisfacción muy precisa,
no la quiere mi coraje.

D. JUAN.

Pues hacéis mal ¡vive Dios!
que ya roto el primer lance,
en este por muchas causas
os la diera yo bastante.

D. MENDO.

Pues salgamos a reñir.

D. JUAN.

Vuestro es el puesto, guiadle.

D.^a INÉS

(¡Qué escucho? ¡Válgame el cielo!)

D. MENDO.

A vos os toca ir delante.

D. JUAN.

No toca eso sino a vos,
que habéis de escoger la parte.

D. MENDO.

Pues venid, si a mí me toca.

D. JUAN.

Ya os voy siguiendo.

D.^a INÉS.

¡Ay, pesares! (Saliendo.)
Escuchad, señor don Mendo.

D. MENDO.

¿Quién es?

D.^a INÉS.

Quien, oyéndoos, sale
a excusaros ese empeño.

D. MENDO.

No presumo que eso es fácil.

D.^a INÉS.

Sí es, que yo puedo deciros,
fiada de vuestra sangre,
lo que, de atento, don Juan
es forzoso que os recate.
Vos al campo le llamáis
creyendo que a Leonor ame,
y sabed que va a reñir
de noble, mas no de amante.
Don Juan, señor, ha seis años
que, viéndome en el pasaje
de Méjico a España, puso
los ojos en mí, y él sabe
los desdenes, los rigores
que llora su amor constante,
hasta ganarme licencia
para pedirme a mi padre.
Desde aquí les di a mis ojos

licencia para agradarse
de verle, y a los oídos
del contento de escucharle;
pero no a pasar de aquí,
porque el mismo sol no arde
en tan puros esplendores
como él recatos me aplaude;
que aunque confieso que tuve
inclinación a sus partes,
a su atención, su fineza,
en la mujer noble nace
la inclinación y el agrado
tan dentro de los umbrales
de su decoro que apenas
el que la logra lo sabe.
Y inferid con la pureza
que pudo serme agradable
la asistencia de su amor,
pues siendo ya, por mi padre
y vuestro primo, imposible
que yo con don Juan me case,
sin escrúpulo lo dice
una mujer de mi sangre.
Esto supuesto, don Mendo,
conoceréis cuán de balde
vuestro temor os provoca,
cuando don Juan es mi amante.
De esto no os quedará duda,
porque fuera error notable
presumir que una mujer
De mi obligación os llame
y, compasiva del riesgo
que ve en reñir dos galanes,
quiera fingirse un desdoro
para excusarlos un lance.
La fineza que don Juan
por mí en su silencio añade,
se la pago en publicar
lo que en él fuera desaire.
Y a vos os pido, en albricias
de que sé que Leonor hace
tanta estimación de vos
como es justo que ella os pague,
que, cesando esto, no sólo
de este caso no se hable,
mas, quedando en vuestro oído,

a la memoria no pase.
Y vos, don Juan, pues ya veis
el empeño de mi padre,
y que vuestra petición
no se previno a ser antes,
olvidad vuestro cariño,
que en los hombres es muy fácil.
Digo fácil ¡ay de mí!;
es pena más tolerable,
porque ellos pueden tener
sin culpa las variedades.
Y si esto os cuesta dolor,
que lo imposible lo aplaque
o el retiro le mitigue
o el sufrimiento le sane
o para que se la lleve,
dad vuestra esperanza al aire,
que, a ser el de mis suspiros,
yo sé que fuera bastante,
porque yo, siendo forzoso,
para el plazo desta tarde
he dispuesto mi obediencia,
como debo. Dios os guarde,
que yo, dejándoos amigos,
como es deuda en pechos tales,
voy contenta de haber sido
el iris de vuestras paces.

D. MENDO.

Oíd, señora, escuchad,
que en un alivio tan grande
como el que de vuestro aviso
a mis esperanzas nace,
os debo yo, agradecido,
fineza que las iguale.

D.^a INÉS.

¿Vos fineza a mí? ¿En qué modo?

D. MENDO.

En hacer que vuestro padre,
sea o no contra mi primo,
a vos con don Juan os case.

D.^a INÉS.

Esa fineza es por él,

si él la solicita amante,
que para mí no es lisonja.

D. JUAN.

Señora, ¿pues tanto vale
el crédito de un engaño,
que por él así me trates?
Y agora, que estando ya
don Mendo de nuestra parte,
no importa que esto más sepa.
Seguí a don Diego, y él sabe
que confesó en su presencia
que sólo porque tu padre
no viese aquella mujer...

D.^a INÉS.

No vais, don Juan, adelante,
que aqueso es satisfacción,
y aquí no os la pide nadie.
(¡Oh, lo que miente el recato!)

D. MENDO.

Señora, si deso nace
algún descontento vuestro,
yo, por hallarme delante,
soy testigo que don Juan
no la conoce ni sabe
quién es, y que él lo fingió.

D.^a INÉS.

Eso, don Mendo, es tratarme
con más llaneza que es justo.
Don Juan, ni mujer, ni nadie
me ha dado desabrimiento;
pues ¿por qué me satisface?
(¡Quiera amor que sea verdad,
que, aunque le pierda, es suave!)

D. JUAN.

Si tu enojo lo publica,
¿qué importa que lo recates?

D.^a INÉS.

Por no oír eso me voy.

D. JUAN.

Señora, escucha un instante.

D.^a INÉS.
¿Qué me queréis?

D. JUAN.
Esto solo:
si don Mendo malograrse
la dicha que ha prometido,
¿será tu amor de mi parte?

D.^a INÉS.
¿Yo amor? No sé qué es amor.
Después de que yo me case
sabré de eso, que ahora ignoro.

D. JUAN.
Aunque en mi pena lo calles,
lo permitirá tu agrado.

D.^a INÉS.
Mirad que viene mi padre.

D. MENDO.
Retirémonos, don Juan.
Vase.

ESCENA X

D. JUAN.
Ya yo os sigo; id vos delante.
Señora, no me permitas
que con tal dolor me aparte
de tu presencia.

D.^a INÉS.
Don Juan,
¿qué me quieres? ¿Ya no sabes
los pesares que me cuestas?

D. JUAN.
Pues ¿ya no ves de qué nacen?

D.^a INÉS.
¿Qué importa el verlo al perderte?

D. JUAN.
¿Eso no puede enmendarse?

D.^a INÉS.
¡Pluguiera al cielo pudiese!

D. JUAN.
¿Qué dices?

D.^a INÉS.
Que no te pares.

D. JUAN.
Eso es desvío.

D.^a INÉS.
Es temor.

D. JUAN.
¡Qué pena!

D.^a INÉS.
Que entra mi padre.

D. JUAN.
¡Mal haya el peligro!

D.^a INÉS.
Amén.

D. JUAN.
Quédate a Dios.
Vase.

D.^a INÉS.
Él te guarde.

ESCENA XI

Sale BEATRIZ.

BEATRIZ.
¿Señora?

D.^a INÉS.
Beatriz, ¿qué es eso?

BEATRIZ.
Con el viejo en este instante,
si no corro doy de hocicos.

D.^a INÉS.
¿Dónde has estado esta tarde?

BEATRIZ.
Señora, en un gran empeño.

D.^a INÉS.
¿Qué ha sido?

BEATRIZ.
Fui a echar los naipes
porque don Diego te deje
y, según las cartas salen,
o mentirá el rey de bastos
o no ha de querer casarse.

D.^a INÉS.
¿Crédito das a esas cosas?
¿No ves que son disparates?

BEATRIZ.
Pues ¿un rey ha de mentir?

D.^a INÉS.
Deja esas vulgaridades.

BEATRIZ.
Tú verás en lo que para.
Mas dejando esto a una parte,
¿hasta cuándo ha de durar
el estar yo, por mis paces,
de embozada en el retiro,
que es ya cosa intolerable?

D.^a INÉS.
A mi padre hablaré agora.

BEATRIZ.
Pues él y Mosquito salen,

y más que vienen hablando
en el caso de los naipes.

D.^a INÉS.
¿Qué dices? Pues ¿eso es cierto?

BEATRIZ.
Tú verás lo que ello pare,
y si quieres entenderlo,
retírate aquí un instante.

D.^a INÉS.
Harélo, aunque es desatino,
por ver en ello a mi padre.

ESCENA XII

Sale DON TELLO y MOSQUITO.

D. TELLO.
Tú has de saber de este caso
todo lo que en ello hubiere.

MOSQUITO.
Señor, cuanto yo supiere
lo diré más que de paso.

D. TELLO.
Pues yo te hallé en el zaguán,
¿quién era aquella mujer?

MOSQUITO.
La condesa era, a mi ver.

D. TELLO.
¿Quién?

MOSQUITO.
La prima de don Juan.

D. TELLO.
¿Qué dices?

MOSQUITO.
Como ahora es día,

la vi ella por ella expresa.

D. TELLO.
¿La condesa?

MOSQUITO.
La condesa
condada, su señoría.

D. TELLO.
¡Válgame Dios!

MOSQUITO.
Y a mí y todo.

D. TELLO.
De gran empeño salí
estando don Juan allí.

MOSQUITO.
¿Y yo no andaba en el lodo?

BEATRIZ.
(Verás lo que se alborota). (A doña Inés, donde están ocultas.)

D.^a INÉS.
(Pues ¿qué semejanza tiene
con los naipes que previene
la condesa?)

BEATRIZ.
(Esa es la sota).

D.^a INÉS.
(¡Cielos! Yo mi desengaño
agradezco haber sabido).

D. TELLO.
Mosquito, estoy aturdido
De un suceso tan extraño.
Pues ¿ella buscóle a él,
o cómo llegó allí a estar?

MOSQUITO.
(¡Cielos! ¿Cómo he de escapar
de aqueste viejo cruel

que a dudas me ha de moler
y se aventura el enredo?
Mas sólo librarme puedo
no dejándome entender).
Yo señor, al conocella
la vi que al zaguán entró,
y un pobre entonces llegó,
que no dio limosna ella.
El pobre pasó adelante,
don Diego vino tras él,
y repitiendo el papel
vino el pobre vergonzante.
Traía un vestido escaso
de color, y Dios me acuerde
que no era tal, sino verde.

D. TELLO.
¿Pues el vestido es del caso?

MOSQUITO.
Habiendo el pobre salido,
vino la condesa luego,
y cuando vino don Diego,
vino porque había venido.

D. TELLO.
¿Quién había venido?

MOSQUITO.
Él.

D. TELLO.
Luego, ¿ella le fue a buscar?

MOSQUITO.
No, señor, porque al entrar
ella entraba con aquél,
y el pobre, que entraba cuando
entraba él, no llegó.

D. TELLO.
Pues ¿quién era aquel que entró?

MOSQUITO.
Eso es lo que voy contando.
Entró ella, y cuando entraba

entró el pobre, y fue don Diego,
y como entró con sosiego,
después de entrado allí estaba.
Y de esto se quedó loco,
porque entraba muy esquivo.

D. TELLO.
No lo entiendo ¡por Dios vivo!

MOSQUITO.
(Pues eso, ni yo tampoco).

D.^a INÉS.
(Beatriz, ¿qué es lo que está hablando Mosquito?)

BEATRIZ.
(Los naipes son).

D.^a INÉS.
(Pues ¿qué es esta confusión?)

BEATRIZ.
(¿No ves que está barajando?)

D. TELLO.
¿Quién a quién vino a buscar?

MOSQUITO.
Luego, ¿no lo has entendido?

D. TELLO.
No, ni explicarte has sabido.

MOSQUITO.
Pues vuélvotelo a explicar:
él buscó a quien le buscaba,
porque ella buscando vino,
y buscando de camino
él buscó lo que allí estaba,
y el pobre que los buscó
no buscó duelos ajenos.

D. TELLO.
Agora lo entiendo menos.

MOSQUITO.

Pues ¿qué culpa tengo yo?

D. TELLO.

Tú has de apurar mis enojos.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

¿Hay tal rigor?

¡Viven los cielos, señor,
que lo vi con estos ojos!

D. TELLO.

¿Qué es lo que viste?

MOSQUITO.

Esta historia.

D. TELLO.

¿Qué historia? Que en tu torpeza
no tiene pies ni cabeza.

MOSQUITO.

Pues no será pepitoria.

D. TELLO.

¿Sabes tú si él della es dueño,
o tiene empeño?

MOSQUITO.

¿Hay tal? Como

yo no soy su mayordomo,
¡qué sé yo si tiene empeño!

D. TELLO.

Anda vete, mentecato,
que eres un simple.

MOSQUITO.

(Eso quiero).

D. TELLO.

¿Para qué apuro yo dudas
donde me avisa un ejemplo?
No hay honra puesta en mujer
segura de aquestos riesgos.
Y hoy, pues me la da este acaso,

lograr el aviso quiero
casando luego a mis hijas.

D.^a INÉS.

Beatriz, aunque yo no entiendo
a Mosquito, el desengaño
he logrado de mis celos,
y en albricias, salgo a hablar
por ti a mi padre.

BEATRIZ.

(Eso espero).

D.^a INÉS.

Padre y señor. (Sale con Beatriz.)

D. TELLO.

Inés mía,
¿quién viene contigo?

D.^a INÉS.

El ruego
De Beatriz me ha conolido:
por ella a pedirte vengo
que vuelvas a recibilla.

D. TELLO.

Si es tu gusto, ¿cómo puedo
negártelo? Quede en casa.

ESCENA XIII

Sale DON DIEGO al paño; al llegar se detiene y queda a la puerta.

D. DIEGO.

A decir vengo resuelto
a mi tío que disponga
de mi prima, pues yo tengo
mejor boda en la condesa.

D.^a INÉS.

Ya se logró tu deseo:
agradécelo a mi padre.

BEATRIZ.

Los pies mil veces te beso.

D. TELLO.

Ya tú quedas recibida,
y yo dello muy contento.

MOSQUITO.

(¿Qué es lo que miro? Ay, Jesús,
que hemos dado con los huevos
en la ceniza, Beatriz!)

BEATRIZ.

(¿Qué es lo que dices?)

MOSQUITO.

(Don Diego
está viendo esta función).

BEATRIZ.

(Salióse todo el puchero).

D. TELLO.

Inés, ven a prevenirte,
que ya todo está dispuesto,
y os habéis de desposar
luego que venga don Diego.
Vase.

D.^a INÉS.

¡Ay de mí, Beatriz! ¿Qué dices?

BEATRIZ.

Vete, señora, allá dentro,
que estoy en un gran conflicto,
y estriba en él tu remedio.

D.^a INÉS.

Sin vida voy a esperarte.
Vase.

ESCENA XIV

BEATRIZ.

¡Villano, no hagas extremos
viendo mi resolución,

que con amor no hay respetos!
Yo he de ser de su traición
testigo estando aquí dentro,
y aquí he de ver si a mis ojos
se atreve el falso a ofendellos.

MOSQUITO.

(¡Jesús, qué bien la ha enhebrado!)
Señora, pues ¿tú haces eso?
¿Una mujer de tus prendas
se finge humilde, en desprecio
de su honor y se acomoda
por criada de don Tello,
que puede ser tu lacayo?

BEATRIZ.

El amor dora los yerros.
Yo he de ver con esta industria
si se casa o no don Diego.

D. DIEGO.

(Señores, ¿qué es lo que escucho? (Al paño.)
Mil cruces me estoy haciendo.
¡Y dirán que no me alabe!
Un testimonio de aquesto
tengo de enviar a Burgos).

MOSQUITO.

Y ¿qué ha de decir don Diego
si esto ve?

BEATRIZ.

¿Qué ha de decir?
El alma ¡viven los cielos!
le he de sacar si se casa.
Déjame ya o mi despecho
dará voces como loca.

D. DIEGO.

Señora, oíd, deteneos. (Presentándose.)

MOSQUITO.

¡Ay, señor, pues ha venido,
mira qué locura ha hecho!
¡Téplala, que está hecha un tigre!

BEATRIZ.

Y un basilisco, un veneno.
Aquí vengo a ver, traidor,
si se hace hoy el casamiento.

D. DIEGO.

¿Qué casamiento? Pues yo,
¿no sabéis ya que soy vuestro?

BEATRIZ.

No fío de eso, tirano.

D. DIEGO.

¿De qué os fiáis?

BEATRIZ.

De mi incendio,
que ha de abrasar esta casa
si aquí ofendida me veo.

D. DIEGO.

(Señores, ¿esto es encanto?
¿Mi talle es pacto secreto?)
Señora, pues ¿no advertís
que yo permitir no puedo
esto, siendo vuestro esposo?

BEATRIZ.

No hay que tratar; yo he de verlo.

D. DIEGO.

¿Qué habéis de ver?

BEATRIZ.

Si esta noche
te casas.

D. DIEGO.

No temáis eso.

BEATRIZ.

No puede un amor que es fino.

D. DIEGO.

Pues ¿el lustre?

BEATRIZ.
Todo es menos.

D. DIEGO.
¿Y el decoro?

BEATRIZ.
No hay decoro.

D. DIEGO.
¡Por Dios, que os volváis!

BEATRIZ.
No quiero.

ESCENA XV

Sale DON TELLO.

D. TELLO.
¡Hola! ¿Qué voces son éstas?

MOSQUITO.
(Señor, por tu honor te ruego
que disimules agora).

BEATRIZ.
Señor, el señor don Diego
de mi señora está hablando.

D. TELLO.
¿Qué habláis, sobrino? ¿Qué es esto?

BEATRIZ.
Señor, me dice que diga...

D. TELLO.
¿Qué has de decir tú? ¡Esto es bueno!
Apenas te han recibido
¿y empiezas ya a hacer enredos?

D. DIEGO.
(¿Y he de sufrir yo que trate
este vejezuelo clueco
a mi mujer deste modo?)

MOSQUITO.
(¡Disimula, por San Pedro!)

BEATRIZ.
Yo, señor, no enredo nada.

D. TELLO.
Éntrate, loca, allá dentro.

D. DIEGO.
(Tú lo eres, y tu alma,
y mientes como mal viejo).

MOSQUITO.
(Sufre, señor, que te pierdes).

D. TELLO.
¿No te vas?

BEATRIZ.
Ya te obedezco.

D. DIEGO.
¡Vive Dios!...

BEATRIZ.
(¡Calla, cruel!)

D. DIEGO.
(¿Qué dices?)

BEATRIZ.
(Que ahora veremos
si te casas).

D. DIEGO.
(¿Eso dudas?)

BEATRIZ.
(A oírlo voy).

D. DIEGO.
(Yo me huelgo).

BEATRIZ.

(Pues aquésta es la ocasión).

D. DIEGO.
(Aquí lo verás).

D. TELLO.
¿Qué es eso?

BEATRIZ.
Hacer lo que me han mandado.
Vase.

D. TELLO.
Llama a tus señoras luego.

ESCENA XVI

D. DIEGO.
(Más señora es ella que ellas,
lo que va de mí a un cochero).

D. TELLO.
Sobrino, con vuestras cosas
estoy en tanto desvelo
que hasta veros desposado
yo no he de tener sosiego.
Todo está ya prevenido,
y sólo a vos os espero
por salir deste cuidado.

D. DIEGO.
¿De tanto gusto es ser suegro
que a serlo os dais tanta priesa?
¿No es mejor, pues estáis viejo,
que lo dilatéis un poco
y os dure el oficio menos?

D. TELLO.
¿Qué es dilatarlo, o por qué?

D. DIEGO.
Por unos días, que aquesto
no ha de ser «cochite hervite»,
que una boda no es buñuelo.

D. TELLO.

¿Qué días?

D. DIEGO.

Cuatro o seis años,
que ello se hará, andando el tiempo.

D. TELLO.

¿Qué llamáis cuatro o seis años?
Ni una hora, ni un momento,
luego os habéis de casar.

D. DIEGO.

Pues yo casarme no puedo.

MOSQUITO.

(Acabóse, esto dio lumbre).

D. TELLO.

¿Qué decís, que no os entiendo?

D. DIEGO.

Que no me puedo casar.
¿Lo entendéis agora?

MOSQUITO.

(Menos).

D. TELLO.

¿Por qué?

D. DIEGO.

Porque soy casado.

MOSQUITO.

Y yo soy testigo dello.

D. TELLO.

¿Vos casado?

D. DIEGO.

In facie Ecclesiae.

D. TELLO.

Pues ¿con quién?

D. DIEGO.

Eso no puedo
decir, porque es un amigo.

D. TELLO.

Pues, villano, ¡vive el cielo!,
que en ti he de tomar venganza
de tan osado desprecio.

MOSQUITO.

¡Ay, señores, que se matan!

ESCENA XVII

Salen por una parte DOÑA INÉS y LEONOR; por otra, DON JUAN y DON MENDO.

D. JUAN.

¿Qué es esto, señor don Tello?

D. MENDO.

Tío, ¿qué es esto?

D.^a INÉS.

(¡Ay, Leonor,
que mi muerte estoy temiendo!)

D.^a LEONOR.

Padre, ¿qué enojo os irrita?

D. TELLO.

Un agravio de don Diego,
que dice que está casado,
cuando yo darle prevengo
a mi hija por esposa.

D. MENDO.

(Esto es que tomó el consejo
de doña Inés y lo excusa
valiéndose deste medio;
mas yo en favor de don Juan
he de enmendar el empeño).
Tío, aunque don Diego ha dicho
que está casado, no es cierto.
Él, después que vino, supo
que don Juan tenía intento

de pedirlos a mi prima,
y él ha sido tan discreto,
que lo calló enamorado
por veros en otro empeño.
Don Diego por él lo deja.

D. DIEGO.
No lo dejo tal por eso,
sino porque estoy casado,
digo otra vez, y no puedo;
¿quiere usted que me encorocen?

D. TELLO.
Hagáislo o no por aquello,
Don Juan, ¿es esto verdad?

D. JUAN.
Yo, señor, si la merezco,
no aspiro a mayor ventura
que la de ser hijo vuestro.

D. TELLO.
Yo me honro mucho con vos,
y el castigo más severo
de este necio es que la pierda.
Dadle a Inés la mano luego.

D. JUAN.
Con el alma y con mil vidas.

D.^a INÉS.
Con otras tantas le aceto.

D. TELLO.
Vos, Mendo, dadla a Leonor.

D.^a LEONOR.
Con gozo se la prevengo.

D. DIEGO.
Pues ahora verán mi boda,
supuesto que esas se han hecho.

MOSQUITO.
Antes se ha de ver la mía.
Señor, yo hago lo que veo;

Beatriz se casa conmigo.

D. TELLO.

Yo darla el dote prometo;
dila que salga acá fuera.

MOSQUITO.

Señor, tened a don Diego,
porque no me descalabre;
que aquí se acaba el enredo.
¡Ah, Beatriz! Dame esa mano.

ESCENA XVIII

BEATRIZ.

Yo, aunque indigna, te la ofrezco.

D. DIEGO.

¡Ah, pícaro! ¿A mi mujer
tienes tal atrevimiento?

D. TELLO.

¿Qué mujer?

D. DIEGO.

Esta que veis
es mi mujer.

D. TELLO.

¡Bien, por cierto!
¿Y por aquesta criada
dejáis a mi hija?

D. DIEGO.

¡Esto es bueno!
¿Qué criada? Que es condesa,
y se disfrazó de celos.
Descubríos ya, señora.

BEATRIZ.

Yo descubriros no puedo
más de que soy Beatricilla
y vos el lindo don Diego.

D. DIEGO.

Pues ¿cómo es esto?

MOSQUITO.

Mamóla.

D. DIEGO.

Villano, ¡viven los cielos...!

MOSQUITO.

Aquí no hay a qué apelar;
que no lo sufriera el pueblo.

D. DIEGO.

Pídase si quedo mal.

MOSQUITO.

Y castigado este necio
a gusto de los oyentes,
aquí, con aplausos vuestros,
dichosamente el poeta
da fin al lindo don Diego.